1 PTA.

SHIRLEY TEMPLE

JAMES DUNN

OJOS CARIÑOSOS

EDICIONES BISTAGNE

27504
9 c

OJOS CARIÑOSOS

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

GRAFICA MINERVA - Rosellón, 207 - Teléfono 79566 - BARCELONA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

Ojos cariñosos

Delicioso asunto sentimental, genial creación de la pequeña gran artista **Shirley Temple**

Es un film FOX
(Oro de ley de la pantalla)

Distribuído por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 280 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

Shirley Temple
James Dunn
Lois Wilson
Charles Sellon
J. Allen

Ojos cariñosos

Argumento de la película

Era a media mañana. Desde la alta torre de aquel aeródromo civil, uno de los mejores de Norteamérica, centro de importantísima red, unos hombres en guardia permanente, vigilaban el espacio y los aparatos de radiotelegrafía, atentos a cualquier eventualidad. Pronto establecieron comunicación con el piloto Loop Merrit, uno de los mejores de la línea, que llegaba haciendo piruetas arriesgadísimas después de un largo recorrido.

—M C 95 W. Aterrizaré dentro de cinco minutos — transmitió el aviador.

—¿Todo listo? — le respondieron—. ¿Sin novedad?

—Sin novedad.

En tanto, una niña de unos siete años, bonita y rubia, que vestía un "mono" apropiado a su pequeñez, se encaminaba, risueña y gentil, hacia el aeródromo. De vez en cuando sus grandes y acariciadores ojos azules miraban hacia lo alto, deseosos de ver aparecer un pájaro de alas de aluminio.

Un camión acertó a pasar por la carretera y su conductor, frenando junto a la niñita, la preguntó:

—¿Hacia dónde vas?

—Al aeródromo.

—¿Quieres subir?

Una luz de ironía se dibujó en las infantiles facciones.

—Gracias, pero tengo mucha prisa.

—¡Vaya, qué presumida! Entiendes poco en camiones.

Y molesto por la contestación que había puesto en duda la velocidad normal de su vehículo, aceleró de nuevo la marcha, mientras la chiquitina proseguía su camino con un brío cada vez mayor.

Otro automóvil pasó más tarde. Era el de un aviador que conducía un diez caballos, recién salido de la fábrica.

—¡Hola, Shirley! ¿Vas al aeródromo?

—Sí, señor.

—¿Quieres subir?

—¿Cómo no?

Este iría con rapidez y además mucho más cómodo. Y a los cinco minutos se encontraba en el aeródromo casi al mismo tiempo que el avión de Loop, después de dar una amplia y majestuosa vuelta, aterrizaba con magnífica precisión en el centro del campo.

Shirley, seguida de su perro, un hermoso "setter", corrió en dirección al avión y se echó en brazos de Loop, que la abrazó cariñosamente.

—¡Hola, Shirley, bonita!

—¡Hola, Loop!

Se besaron muchas veces con una devoción de padre e hija, ante los ojos afables de los demás pilotos y mecánicos, que se habían detenido a contemplarles.

Formaban todos como una gran familia que tenía a Shirley por mascota.

Era Shirley, la niña que se había hecho querer por su simpatía, su bondad, su belleza y su ternura, huérfana de un aviador que se hundió una tarde trágica en el mar. La mamá de Shirley era doncella de una gran casa cercana al aeródromo y la niña vivía con ella aunque pasaba la mayor parte del tiempo en el campo de aviación, cuidada por todos aquellos valientes y de una manera especial atendida por el aviador Loop Merritt, voluntad y corazón firmes, de acero y de oro a la vez.

Cogiendo en brazos a la pequeña, Loop ordenó a un mecánico:

—Comprueba cómo está el aceite, Bill.

—En seguida, Loop.

Se encaminaron hacia las habitaciones que ocupaba en el aeródromo.

—Espérame aquí un momento, alma mía—le dijo a la niña al llegar.

—No tardes, Loop.

La pequeñita quedó sola exami-

nando con la curiosidad nunca fatigada de la infancia los cuadros que pendían de las paredes. Descubrió con precoz instinto femenino polvo sobre algunos de los retratos y los limpió cuidadosamente, de una manera especial el de un joven aviador, de mirada vaga y triste, como si presintiera el fin que debía aguardarle.

—No le quitaste el polvo al retrato de papá—dijo a un mecánico que acababa de llegar.

Y a poco entró Loop, quien rió al ver la tarea de Shirley.

—¿Le estás lavando la cara a tu papá?

—¿No crees que le hace falta, Loop?

—Y a ti también te hace falta—dijo acariciándola y llenándola de besos.

—Mira a papá—decía orgullosa. —Era el mejor aviador del mundo, ¿no?

—Y me nombró tu padrino.

—¡Mi padrino!

—Se cayó y fué al cielo.

La nena sonrió con tristeza.

—Yo no caeré nunca.

—No, te daremos un aparato a prueba de caídas. Pero aguarda que te voy a traer un álbum de retratos que acabo de encontrar y entre los que está tu papá.

—¡Qué bien!

Instantes después entró un nuevo aviador, buen compañero de Loop, quien sonriente dió a oler una hoja de muérdago a Shirley. Y mientras ella contemplaba la verde hoja, el aviador, disimuladamente, estampó un beso en la frente de la niña y se echó a reir a carcajadas.

—Bajo el muérdago se puede besar a cualquiera, ¿comprendes?

—Quítate de aquí—dijo con un gracioso mohín—. Le diré a Loop lo que has hecho.

La presencia de Loop hizo salir al poco rato al gracioso amigo, y los dos se sentaron en un diván contemplando afanosos el álbum de retratos, uno de esos álbumes lindos que exhalan un perfume suave, pero inmortal: el perfume de los recuerdos.

La niña contemplaba con atención las cartulinas mientras él iba lentamente volviendo las hojas.

—Este es tu papá cuando batió el record transcontinental.

—¡Pobre papá!

Y sus manitas temblaban sobre el retrato.

—Y éste tu papá y yo cuando nos dieron nuestros títulos.

—¡Mi papá y tú!—repitió la muñeca.

Al volver la hoja apareció el retrato de una mujer, una muchacha joven, bella, elegante, con aire de fina distinción.

—¿Quién es? —preguntó curiosa.

Loop arrugó el ceño. Una porción de hechos pasados y desagradables acudió a su imaginación. Y al propio tiempo el aroma de los amores perdidos, que atormenta aún...

—Pasemos ésta por alto—murmuró.

—Dime quién es.

Loop no respondió de pronto y leyó para sí unos epígrafes que se sabía de memoria y que estaban bajo la fotografía.

"Joven de la alta sociedad que rompe su compromiso matrimonial. Adela Martín dice que sus relaciones con el aviador Loop Merritt han terminado."

—Es una chica que conocí hace algún tiempo—explicó.

—Es muy bonita.

—Sí—murmuró con cierto rencor no extinguido—, pero su corazón no era bonito...

La nena pareció no comprender.

—¿Cómo puede uno tener bonito el corazón?

—Pues... pensando las cosas debidamente—contestó a tiempo que cerraba el álbum— Y ahora, vamos a llamar a tu mamá.

—Sí, sí, avísala...

—Veremos qué nos dice mamita.

Y deseoso de librarse de los recuerdos que por un momento habían puesto acíbar en su corazón, requirió el aparato telefónico para llamar a la mamá de Shirley.

* * *

Mary, la madre de Shirley, desde su viudez servía como doncella en la casa de los Smythe, gente aburguesada, de elevada posición social.

A pesar del dinero en abundancia, de la serie de comodidades que por doquiera se ostentaba, no reinaba allí toda la felicidad que algunos creen ha de ir unida a la riqueza cuando a veces hay un divorcio definitivo entre las dos.

La señora Smythe, la dueña de la casa, joven, de porte cargado de altivez, fué al teléfono.

—¿Quién es?

Una voz varonil—la de Loop—explicó:

—¿Me permite usted hablar con la señora Blake?

—Un momento.

Y llamando a su doncella, con gesto y voz desabridas, dijo:

—Mary... la llaman.

—Gracias, señora.

Mary, a través de cuyas negras y sencillas ropas de criada, se adivinaba a la señora que vino a menos, pero que conserva su gesto, sus actitudes y ese refinamiento de educación y de cortesía que a veces aumenta con el dolor, tomó el auricular.

—Soy Loop... Shirley está aquí, conmigo.

—¡Ah, gracias, Loop! Dile que se ponga la niña.

—Ahora mismo.

La voz de la pequeñita llegó como un susurro de amable libertad —libertad de hogar que no tenía— hacia la madre.

—¡Hola, mamá!

—¡Hola Shirley, bonita!

Después volvió a hablar Loop, y Mary le dijo:

—Gracias por todo, Loop.

—Mándame, Mary. Adiós. En seguida mandaré la niña a casa.

Cuando Mary dejó el teléfono vió que la asaetaban, enérgicos y fríos, los ojos de la señora.

—La llaman con demasiada fre-

cuencia, Mary... y tiene usted muchas visitas de aviadores.

—Vienen a ver a Shirley.

—Lo sé, pero no puedo tolerarlo. Esto no debe repetirse.

—Está bien, señora.

Y bajó la cabeza, abandonando con melancolía el saloncito.

El señor Smythe, que había estado escuchando la conversación, comentó:

—Ya te lo dije cuando la empleaste. No es de la categoría de criada.

—La despediré después de Pascua.

—Y harás bien.

Mary entró en la cocina donde se hallaba una mujer gruesa, la señora Higgins, buen corazón, sencillo y limpio.

Iba Mary tan seria, parecía tan preocupada y triste, que la señora Higgins le preguntó:

—Chica, ¿qué te pasa?

Ella remedó con dolorosa ironía las palabras de la señora:

—Muchas llamadas telefónicas... Muchas visitas de aviadores. ¡Vaya unos señores antipáticos!

—¡Pobre chica! Hay que tener paciencia.

—Si no fuera por la niña...

Apareció el mayordomo, marido de la cocinera, quien mirando a las dos mujeres las recriminó con suavidad.

—No hablad mal de nuestros señores. Ellos nos dan el pan.

—Un pan amargo a veces.

—No hay otro remedio.

—Demasiado lo sé.

—Bueno, me voy al correo.

Ya en la puerta, la esposa le recordó con interés:

—No olvides aquellas cosas.

—¿Qué cosas?

—¿Tan mala memoria tienes?

—No caigo...

—El canastillo de Shirley, por Dios.

—¡Oh, es verdad!

No querían dejar pasar aquella fecha de Pascua sin hacer un regalo a la chiquilla encantadora que ponía una nota de poesía en aquel hogar donde todo era áspero y chillón.

Mary, dulcemente, preguntó:

—¿Para Shirley?

—Sí, deseo hacerle un regalo de Pascuas.

—¡Qué buena es usted, señora Higgins!

—No puedo regalarle mucho... pero...

—Le agradezco su bondad.

Sentía verdadera simpatía por aquella mujer, vieja y maternal, que tenía para ella y para Shirley cuidados familiares.

La conversación fué bruscamente cortada por unas voces chillonas, intempestivas, que venían del comedor, voces de niña díscola y enfadada que quiere imponer a todo el mundo el imperio de su voluntad.

—Esa niña es insoportable — dijo la cocinera.

—¡Qué educación tan pésima!

—No se parece en nada a Shirley.

—¡Y no lo quiera Dios!

Tenían razón al quejarse así. Porque Joy, la hija de los señores de la casa, era la criatura más insoportable del universo. De una edad parecida a la de Shirley, era la antítesis de ésta.

Carácter díscolo, violento, no contradecido nunca, mimado en grado excesivo, era un verdadero diablo, dispuesto siempre a los más absurdos caprichos, rara y estrambótica en sus deseos, de carácter chocante y hasta anormal. Incluso algunos médicos la habían examinado atribuyendo su continua excitación y sus constantes violencias a un proceso de desequilibrio nervioso. Le recomendaban calma y que no la contradijesen a fin de evitar una exacerbación perjudicial.

Aquel día, como todos, estaba de malísimo humor, y se negaba, a penetrantes y grandes gritos, a practicar su lección de gimnasia.

—No quiero, no quiero...

—Pero es necesario, vida mía— le decía su madre con untuosa amabilidad.

—He dicho que no quiero.

—Si no eres buena y obediente, papá Noel no te dejará juguetes.

Una ironía precoz surgió de sus palabras.

—No hay ningún Noel, no hay ningún Noel.

—¿Qué sabes tú?

—Lo que oyes.

—Basta, niña. Al gimnasio.

—He dicho que no.

—Irás a la fuerza.

Violentamente la quiso arrastrar hacia la estancia contigua, pero la niña empezó a gritar con grandes y terroríficos aspavientos.

Su padre cogió por un brazo a la madre.

—Déjala estar. El psicoanalista dijo que no la castigásemos.

—Cierto.

Y cambiando la expresión, insistió de modo cariñoso.

—Vamos, niña, te compraré una casita si haces la lección de gimnasia.

—No me gustan las casitas.

—Pues te compraré lo que tú quieras.

—¡Una ametralladora! — rugió echando a correr como un gamo.

Suspiraron los padres ante aquel genio irascible, casi sin remedio. ¡La casa era un infierno con aquella niña!

Oyeron el ruido de un cochecito que parecía tambalearse y vieron a tío Ned que arrastrando su cochecito de inválido había saltado la escalera y avanzaba hacia ellos con el semblante congestionado por la indignación.

Aquel era el verdadero dueño de la casa, el tío Ned, solterón riquísimo, al que pensaban heredar sus sobrinos y para ello se cargaban de paciencia, soportando sus genialidades y ese carácter casi nunca lógico de los que no tienen un verdadero hogar tranquilo.

—Tío Ned—dijo su sobrina con una zalamería falsa, interesada—. ¿Por qué no llamaste?

—Llamé cien veces, pero con el escándalo insoportable de esa muñeca nadie me oyó. ¡Ah, ninguno se ocupa de mí! Soy un estorbo, una cosa que molesta y no sirve para nada.

—No digas eso, tío Ned. Eres el primero en todo y te quejas...

—El primero en hacerme sufrir. ¡Mary, Mary!—gritó a la doncella.

Esta apareció, tímida y asustada, dispuesta a soportar un nuevo escándalo del extravagante señor.

—Señor Ned...

—¿No me oiste tampoco tú?

—No le oí.

—Vale más que os arregléis todos las orejas... ¡Qué familia! Pero, ¿quién toca? ¡Oh, esa Joy, cómo me crispa los nervios!

La niña, deseosa de hacer rabiar al tío, se había sentado ante el piano y con insorpotable monotonía pulsaba una de las teclas haciéndola sonar pesadamente.

—¿Quieres callarte, diablillo? ¿Es eso todo lo que sabes?

Aun la pequeña prosiguió tocando y cantando a media voz una monocorde y absurda tonada.

Tío Ned, que tenía escasa simpatía por sus sobrinos y que había cobrado fuerte ojeriza a Joy, áspera

y poco cariñosa, accionó las ruedas del cochecito y se dispuso a salir.

¡Aquella gente, cómo le fatigaba! En vez de hogar se encontraba allí en un sitio aislado con gentes de las que en espíritu estaba alejado por completo. Adivinaba que únicamente le soportaban con vistas al día de su muerte para caer como cuervos sobre su dinero.

—¡Ah!—gimió lanzando una mirada despectiva a sus sobrinos—. Si las cosas no mejoran me marcharé. No he trabajado toda mi vida para tener un final tan absurdo como éste Yo gané dinero construyendo alcantarillas, ¿entendéis? Estoy acostumbrado a todo... pero a lo de aquí no me acostumbro.

Salió con su cochecito de eterno inválido, mascullando frases de furor. Sus sobrinos se miraron con desconsuelo.

—¡Ese hombre es imposible!—dijo él.

La esposa, más cauta y hábil, aconsejó:

—Ten paciencia. Nos dejará al fin y al cabo su inmensa fortuna.

—Bien que nos la estamos ganando.

—Buena falta nos hace.

Marchó el señor Smythe hacia su despacho mientras la esposa iba a intentar persuadir a Joy que no acabase de atormentar al tío Ned que concebía el propósito de abandonar "aquel infierno".

* * *

Shirley había sido conducida en el "side" de uno de los aviadores al lado de su madre, la señora Blake.

Shirley era como una sonrisa en la severidad de aquel hogar donde había tristeza y egoísmo, donde se arrastraba un inválido, siempre de pésimo temple, amargado por su situación, al ver cómo las riquezas acumuladas durante una vida de brutal trabajo, no servían para dar ánimo, movimiento y energía a sus piernas inmóviles, donde había un matrimonio joven que se resignaba

a vivir con aquel anciano sin más interés que el del dinero, y donde había una niña que, enferma de los nervios, rompía el encanto de su tierna edad, convertida en un diablillo capaz de las mayores travesuras.

Shirley era el perfume seductor, la flor alegre en el erial. Los criados la querían por su llaneza, su afabilidad. En cambio, el matrimonio Smythe soportaba casi a la fuerza su presencia y sentía contra ella la antipatía del rudo contraste. Al ver a Shirley... recordaban a Joy... tan distinta...

La pequeñita iba de un lado a otro pretendiendo ayudar a su mamá, que trabajaba aquella mañana en la limpieza general.

—¿Puedo hacer algo, mamita?

—Sí. Lleva esto al basurero.

Cargó Shirley con un cubo y salió para verter su contenido en el depósito general. Al hacerlo descubrió en el cajón, abandonada y sucia, una muñeca que había sido bonita anteriormente, pero que ya no conservaba ninguna de sus primeras gracias, sino que mostraba la desnudez de su cuerpo de cartón.

—¡Pobre muñequita!

Y acariciándola tiernamente se la llevó de allí, alisando sus cabellos, cubriéndola con su ropa con precoz instinto maternal. Pero Joy, que la había estado observando, salió a su encuentro.

Joy le profesaba una antipatía profunda, hecha de celos, de inferioridad y de caprichos. La antipatía de la infancia mal orientada hacia la infancia bella y normal.

De un manotazo le arrebató la muñeca.

—Dame eso. Es mía...

—La encontré allí... tirada. Me dió lástima. Deja que yo la cuide.

—¿Cuidarla? No... no. Es una muñeca mala. Voy a matarla...

—No hagas eso.

—¿Que no? Vas a ver...

Y le arrancó los brazos, las piernas y finalmente rompió las cuerdas que sujetaban la cabeza y tiró ésta a un rincón.

A punto estuvo Shirley de echarse a llorar al ver la mutilación de que se hacía víctima a la inocente muñeca.

—Ya no tienes muñeca. La he roto—dijo Joy con mala intención.

Shirley se defendió con soltura:

—No me importa. Voy a recibir una muñeca muy grande... para mañana que es Pascua...

—¿Tú?

—Se la pedí a papá Noel.

—La miró con desprecio. ¡Tontuela!

—¡No hay ningún papá Noel!

—Sí, lo hay.

—Te digo que no. Mi psicoanalista me lo dijo.

—Yo no entiendo eso—contestó, —pero ¿verdad que no te gustaría dejar de recibir regalos?

Con un tono despectivo, casi de persona mayor, respondió Joy:

—Claro que los tendré. Los recibiré, muchos y valiosos. Los he visto.

—¡Mentirosa! Los trae papá Noel.

—Te digo que no.

—Sí, sí...

—¡Tonta, tonta!

Entonces vió Shirley a tío Ned que tomaba el sol, sentado eternamente en su cochecito de ruedas.

Tío Ned era para Shirley el menos antipático de la familia. A pesar de su rudeza habitual algunas veces le había visto sonreír y brillar los ojos cándidamente a través de sus grandes gafas cuando ella le dirigía la palabra.

—Señor Ned... señor Ned... ¿verdad que hay papá Noel?

Tío Ned dejó de leer el periódico y miró a aquellas dos criaturas, a la hija de la doncella y a su sobrinita que volvía a tener el gesto huraño acostumbrado.

—¿Quién dice que no hay papá Noel?—contestó—. ¿Acaso Joy?

—Sí, ella lo dice.

—Entonces: sí, hay papá Noel—exclamó dispuesto a llevarle siempre la contraria.

—¿Ves? Ya te lo decía yo.

—Vosotros no lo sabéis.

Y enfurecida quiso agredir a la pequeña Shirley, pero ésta se subió prestamente detrás del coche de tío Ned y pudo evitar la acometida de Joy que, disgustada y viéndose en situación inferior, se alejó de allí.

—¡Gracias a Dios!—dijo risueña Shirley—. Salimos de ella.

—Ya era hora.

Y tío Ned sonrió a la pequeña, que le acarició tiernamente las manos.

—Usted es muy bueno, señor Ned.

Por primera vez sonrió.

—Y tú muy bonita... más bonita que ella. ¡Ah, qué gente!—continuó exaltándose—. Ellos no me quieren... y yo tampoco a ellos.

—¿Y a mí?

—Tú eres diferente, Shirley...

Y quedó ella a su lado largo rato, y tío Ned, a la caricia de las palabras de la niña, sentía como si en su corazón, sombra de aislamiento y de fastidio, comenzase a entrar sol...

* * *

Loop Merrit había ido a ver a Mary y a su hijita. En la cocina hablaba con Mary, con el matrimonio Higgins y con el chofer de la casa.

—Todo está listo para mañana. Tenemos en el aeródromo muchos regalos para Shirley. Preciosos. La niña va a recibir una gran sorpresa.

—Gracias por todo lo que haces, Loop.

—No me lo agradezcas. Es mi obligación. Lo prometí a tu esposo.

—Y qué bien lo cumples...

—Menos de lo que merecéis. Pero... bueno... lleva mañana a Shirley muy temprano al aeródromo.

—Así lo haré. Y yo iré más tarde, apenas termine mi trabajo.

Les unía una verdadera amistad, amistad sin otras derivaciones, que coincidía únicamente en la mutua simpatía y en el cariño hacia Shirley.

Quiso la señora Higgins obsequiar con una taza de te al aviador y todos lo tomaron con una gran algazara y contento.

—El te conforta y no embriaga —dijo la cocinera.

—Y este es un te de los mejores.

Entró bruscamente la señora de Smythe, quien al ver al aviador, que se puso en pie, le abarcó con una mirada de disimulada contrariedad.

Sin contestar al respetuoso saludo de éste, dijo al mayordomo:

—Mi prima llega mañana. Que esté todo listo.

—Bien, señora.

Luego, mirando al chofer, le ordenó:

—Thomas, tú irás al aeródromo a recibirla.

—De acuerdo.

—Entendidos todos, ¿eh? Deseo que mi prima vea que nuestro servicio es perfecto.

Se encaminó hacia la puerta, pero volviéndose rápidamente y encarándose con Mary, le dijo:

—Mary, ¿recuerda lo que le dije respecto a las visitas?

Ella, ruborosa, bajó la cabeza, mientras Loop sentía el deseo de contestar bruscamente a la antipática señora.

—No la amonestaré más.

Mary, al verla desaparecer, remedó el gesto orgulloso y peculiar de la señora.

—¡Servicio perfecto... o adiós empleo!

—La señora es atroz—se lamentó Loop—. No sé cómo tienes paciencia para aguantarla.

—¡Ay, Loop, las cosas podrían ser todavía peor! Pero no nos preocupemos de ella, no sea que nos estropee sin querer la Navidad.

—De ningún modo. No lo tolera-ría yo.

Permaneció todavía allí un buen rato. Vino luego Shirley y se despidió de ella y de todos.

—Bueno, hasta mañana entonces.

Le vieron partir con la alegría que les inspiraba la amistad de aquel muchacho noble, vencedor de los aires, magnífico corazón, que era un padre para Shirley. Y ésta le fué echando besos hasta que se perdió allá, por un rincón de la carretera...

* * *

Ya todo el mundo se había retirado a dormir. Era la noche de Navidad, la noche en que viene papá Noel y deja juguetes a los niños... Joy se había ido a la cama sin ilusión, porque ella había descubierto —¡oh dolor de saber demasiado! —que papá Noel no era más que una fantasía y que sólo eran papá y mamá los compradores de los má-

gicos juguetes. Aquella criatura que a través de sus primeros años veía las cosas con un prisma triste y doloroso, no gozaría del encanto gentil, inenarrable de la bonita Shirley, cuyos ojos de flor asaetaban al cielo como si desde allí viera venir en línea recta al anciano de la barba blanca y del zurrón al hombro.

Madre e hija se habían encerrado en su cuarto. Mamá había adquirido para dar la gran sorpresa a la niña en esa noche mágica, una deliciosa muñeca que decía "papá" y "mamá" y cerraba los ojos cuando se la acunaba. Y los Higgins, el matrimonio sin hijos que había concentrado en esa criatura el cariño paternal que se escapaba de sus vidas sin encontrar lugar donde ampararlo, habían comprado también una preciosa canastilla.

Mamá abrazó a la pequeña con dulce ternura.

—¡Angel mío!

Shirley, siempre ocurrente y muy oportuna, sonrió.

—Pero, mamá... los ángeles tienen alas... como éstas.

Y señaló una fotografía, la de su papá retratado junto a un avión de grandes alas.

—Sí, como las de tu papá—murmuró la madre.

Quedaron un instante silenciosas, pensando en aquel ausente al que no volverían a ver más y que se había llevado lo más bello de la vida de Mary y la compañía paterna tan interesante y pura.

—Bueno, niña—dijo mamá, deseosa de cambiar de conversación. —¿No vas a poner la media para que papá Noel pueda dejarte muchas cosas?

La pequeñita sonrió:

—En eso estaba pensando. Por si acaso papá Noel trae un regalo muy grande no servirían mis medias, mamá... porque son muy pequeñas.

Mamá sonrió.

—¿Quieres una de las mías?

—Ya tengo una.

Y mostró una media gruesa, muy grandota, de burdo algodón.

—La pedí prestada a la señora Higgins.

—¡Ah, muy bien!

—¿Cabrán muchas cosas, mamá?

—Cabrá todo lo que pediste... Ahora a dormir... y luego, mañana, Navidad...

Se desnudó la chiquilla en un santiamén y luego, doblando la rodilla y juntando las manecitas en un

típico ademán de oración, elevó su almita a Dios:

—Señor—y su voz tenía la dulzura de un canto—. Señor... bendice a mamá, a Loop... y a todos los aviadores... y a los Higgins, a tío Ned, a los señores Smythe y...

Se acordó de cierta personilla que metía mucho ruido y que no era precisamente muy cariñosa para con ella.

Vaciló unos instantes. El rencor humano se oponía a rezar por la que consideraba su enemiga.

Pero algo, la bondad innata en ella de no excluir del amor de Dios a ninguna criatura, pudo más... Y preguntó a su mamá:

—¿Debo rezar por Joy, mamá?

—Naturalmente.

Con la misma ingenuidad, con idéntico fervor, la pequeña pronunció:

—Señor, haz que Joy no sea tan malcriada...

Le pareció haber terminado ya su oración, pero de pronto recordó algo más y siguió diciendo a mamá que la contemplaba con los ojos fijos y emocionados:

—Mamá, ¿podría pedir algo especial esta noche?

—Lo que tú quieras, hija mía.

—Señor...

Y las manitas se apoyaban sobre el corazón.

—Señor... dile a papá que le queremos mucho.

La evocación del padre casi hizo saltar las lágrimas a Mary, que guardaba una lealtad firme, severa, hacia el eterno ausente, cuya separación había acrecentado su inmenso amor.

La pequeña se volvió hacia su madrecita.

—¿Crees que Nuestro Señor se lo dirá?—preguntó.

—A los niños no les niega nada.

Lloraba, no podía más. Si papá hubiera estado en una noche así, junto al hogar propio los tres, no el hogar ajeno en que no se podía gritar cuando se quería... ¡Qué dicha entonces... qué inmensa alegría y qué sensación de libertad!

La niña la besó y enjugó con sus besos las lágrimas.

—No llores, mamá.

Le ahogaba la confesión y murmuró tristemente:

—¡Me siento tan sola sin tu papá!

—Pero me tienes a mí.

—Sí, nenita.

—Y mañana es Navidad... y verás lo felices que seremos...

—Tienes razón—dijo serenándose—. La más felix de todas las que hemos tenido.

La niña se metió en cama y acurrucándose tiernamente bajo el embozo, suplicó:

—Cuéntame algo del nacimiento de Jesús, mamá.

—Escucha...

Ya las lágrimas habían desaparecido y volvía a ser la madre animosa, exteriormente alegre y esclava de la voluntad de la hija.

—Unos viandantes llegaron a una posada. Necesitaban albergue y comida. Eran muy pobres, muy pobres... y hacía mucho frío. Y sólo había un establo donde quedarse... Un establo de vacas. Y allí fueron, y a las pocas horas nació un niño... el niño Jesús.

Los labios frescos, suaves, lindos, de la pequeña, murmuraron:

—El niño Jesús...

Y se quedó dormida respirando pausadamente y con una sonrisa que iluminaba su rostro, una sonrisa de ensueño en la que veía cabalgar a papá Noel cargado de juguetes hacia ella.

Mamá se levantó, desnudóse suavemente y tendióse en la cama contigua... Antes de apagar la luz sus ojos se dirigieron hacia el retrato del aviador muerto... del marido caído en plena juventud y volvió a rendirle el homenaje de sus lágrimas...

* * *

Día de radiante sol. Navidad. Luces más claras en el Cielo... Navidad... suprema fiesta del año.

Shirley, al despertar, encontró en la media los lindos juguetes amador, la muñeca, que era casi tan grande como ella, la canastilla para la muñeca, bombones, flores y vestiditos.

Para Joy había habido, y con un esplendor extraordinario, como correspondía a su posición social, ple-

ia y magnífica, el árbol de Navidad.

Lo habían instalado en medio del salón y de sus grandes hojas plateadas pendían los objetos como en un gran bazar mágico de juguetes.

Tío Ned descendió de su habitación, con aquel su mal humor cotidiano.

—Felices Pascuas, tío Ned...

Pero contestó con un gruñido a las palabras amables de sus sobrinos y miró de reojo el árbol de Noel y vió como Joy avanzando hacia los juguetes los echaba a un lado con una indignación sorprendente y absurda.

—No me gustan... no los quiero.

—Pero, hijita...

—No quiero eso...

Y llevada de su nerviosidad caprichosa que necesitaba sin duda la ayuda de la ciencia para su mejora, al ver a tío Ned dió un grito.

—Quiero una silla de inválidos como la de tío Ned.

Ned la miró con furor.

—Las niñas no necesitan sillas de inválidos.

—¡Quiero una silla de inválidos!

—Pero, criatura, ¿te has vuelto loca?

No pudieron acallar sus protestas. Joy, en un arranque de indignación, destrozó la mayor parte de sus juguetes... Y tuvieron que dejarla sola a que desencadenara sus iras contra los objetos comprados sin demasiada ilusión. Y como contraste a aquella actitud, la sonrisa clara y la alegre voz de Shirley que acariciaba la muñequita y se sentía inmensamente feliz.

Shirley mostraba a los Higgins la muñeca, a la que había denominado Mary Lou, y la canastilla de costura.

—Me han traído todo cuanto pedí.

Y una luz de felicidad llenaba sus facciones de niña buena.

A media mañana, Thomas, el chofer de la casa que iba al aeródromo a buscar a la prima de la señorita, se llevó en el mismo coche a Shirley que pasaría el día de Navidad con los aviadores. Mary no tardaría en ir allá también, apenas terminase su trabajo.

—No tardes, mamita.

—En seguida acabo. Antes de una hora estoy allí.

—Date prisa.

—¿Te llevas a Mary Lou?

—Creo que es demasiado joven. Cuídamela, mamá.

—Como si fueras tú misma.

Se dieron un apretado abrazo... y la niña marchó en el automóvil. Estaba alegre... día de Pascua... felicidad... juguetes... la compañía de los que la mimaban y querían mucho. Era bonito vivir a través del prisma de su alma de infante. Mamá también era feliz, no intrínsecamente, sino de una manera relativa, a medias. La otra felicidad, la mayor parte casi, se había ido lejos, hacia donde estaba el esposo, pájaro que cayó en una tarde de borrasca y debía quebrar sus alas que creyó inmortales... pájaro que la bala de la adversidad derribaba a su antojo, con una puntería excelente de cazador.

* * *

Loop recibió cariñosamente a la chiquilla, y como tuviese que ir a recibir órdenes en la dirección, le dijo:

—Espérame aquí con el chofer. Vuelvo en seguida a buscarte.

Acababa de aterrizar un avión. De él, entre los varios pasajeros descendió una joven de insuperable elegancia, alta, rubia, deliciosa en el andar y en su actitud.

Miró unos momentos como si buscase a alguien y Thomas se adelantó hacia ella, gorra en mano:

—¿La señorita Martín?

—Soy yo.

—Yo soy el chofer de los Smythe.

—¡Ah, bien! Tenga la bondad de cuidarse de mi equipaje.

Shirley había estado observando a la recién venida. De los recovecos de su memoria surgió el recuerdo de aquella bella mujercita. Se acordaba bien. La había visto en el álbum que guardaba Loop, era la misma señora de la que decía el aviador que "no tenía bonito el corazón".

Con una sonrisa picaresca la habló:

—Sé quién es usted.

Adela sonrió también.

—¿Sí?

—Usted va a vivir con nosotros.

—¿Eres Joy?

—No, señora. Soy Shirley.

—No sé...

Mas palideció al ver ante ella a Loop Merritt, su antiguo novio, con el que había reñido, llevada de su carácter frívolo de coqueta, de muchachita ligera, que sin ser mala en el fondo, gozaba con hacer sufrir a los demás.

¡Ah, muchas veces se había acordado de él, recordándole con melancolía! Estaba segura de que había cometido una tontería al romper aquella relación amorosa con un muchacho serio y digno que era una garantía de vivir bien. Después ninguno de los "flirts" que tuvo llenó su alma abatida por un vacío espiritual. ¿Era porque había sido el primer amor o porque ningún otro hombre le había interesado tanto? ¿Era porque lo había perdido que le parecía mejor que los demás?... Ella misma no sabía contestarse a esas preguntas, pero cuando lo vió ahora junto a él, después de tanto tiempo de ausencia, sintió el escalofrío de la emoción.

—¡Loop!

También el aviador la había reconocido, y el amor guardado en el fondo del alma bajo la llave del despecho y de los rencores, pareció salir de su encierro. Pero el orgullo acalló la primera sensación y contempló fríamente a aquella mujer que consideraba ligera de cascos e incapaz de ser una buena esposa.

Correcto, pero sin efusión, la saludó sin pronunciar su nombre, como estableciendo entre los dos la distancia de una vida social distinta.

—¿Cómo está, señorita Martín?

—Bien, gracias—respondió, desconcertada.

Shirley, con malicia, dijo:

—Tú tienes su retrato, Loop.

El aviador enrojeció, pero se defendió hábilmente de la acusación.

—Sí, con otros muchos...

Y levantando en brazos a Shirley, agregó:

—¡Buenos días, señorita!

Y sin volverse se alejó, mientras por los labios de Adela pasaba una melancólica sonrisa de desencanto. ¡Oh, el rencor de aquel hombre, cómo duraba aún! Ella, en cambio, sentía acrecentarse en su alma el deseo de recuperar lo perdido. ¡Pero

era tan difícil... tan duro de luchar con el amor propio herido!

Impresionado por aquel encuentro, Loop, disimulando su turbación, se llevó a Shirley hacia su cuarto. Allí había un árbol de Navidad con multitud de golosinas y de objetos. Una linda muñeca, un pequeño y singular aeroplano, otras cosas...

—¿Te gusta... te gusta?

—¡Muchísimo... muchísimo! —decía entusiasmada y yendo de un lado a otro de aquellos tesoros que la generosidad inagotable de papá Noel ponía como una realidad en sus manos.

Habían entrado los demás aviadores, francos de servicio, y contemplaban con tierna solicitud la alegría de aquella niñita que era un poco hija de cada uno de ellos. Se enternecían ante la felicidad que resplandecía en la mirada de Shirley y un anhelo de paternidad no realizado aún acudía a su corazón.

Loop volvió a coger en brazos a la pequeña.

—Oye, Shirley, tengo otro regalo para ti.

—¿Qué es, Loop, qué es?

—Es una sortija mágica — dijo mostrándole un precioso anillo—. Si alguna vez estás en un apuro, fíjate bien, mándame esta sortija. Ello querrá decir que me necesitas.

La pequeña pareció comprender. Unas sombras de reflexión cruzaron por sus lindos ojos.

—Gracias, Loop.

Y le besó.

—¿Cuánto me quieres, Shirley?

—Así.

Y le dió un beso más fuerte.

—¿Eso nada más?

—Así...

Y le dió un beso y un abrazo más vivos todavía... y Loop quedó plenamente contento.

La niña suspiró.

—Ojalá que mamá se dé mucha prisa. Estará muy contenta cuando vea todos estos juguetes.

—Ya no debe tardar. Verás qué bien vamos a pasarlo...

Los demás aviadores volvieron a rodear a la pequeña y la fiesta tuvo un sabor idílico, de santa paz, de amor familiar y honrado contra el que nada parecía conspirar.

* * *

Mary había terminado su labor, pero aguardaba a que trajesen de la confitería un pastel que había encargado. Un avión de rica pasta y del merengue más sabroso. Era un obsequio que ella hacía a los aviadores y que debían comer todos juntos en el gran yantar de Navidad.

Mientras hablaba con la señora Higgins oyeron acercarse el coche de ruedas de tío Ned. A los pocos momentos aparecía éste y mirando a Mary con aquella actitud de hombre amargado que no dejaba nunca, le preguntó bruscamente:

—¿Dónde está su niña?

—Está en el aeródromo. Le están dando una fiesta de Navidad.

—No creo en Navidad—refunfuñó.

Mary contestó seriamente:

—Pues yo sí.

El viejo solterón metió la mano en uno de sus bolsillos y la sacó con un billete de Banco.

—Cómprele algo a Shirley. ¡Navidades, bah... tonterías!

Y antes de que Mary pudiera darle las gracias ya había desaparecido, arrastrando su eterna invalidez y la soledad espiritual de su corazón.

Quedaron las dos mujeres desconcertadas.

—¡Qué raro es!—comentó la señora Higgins.

—Sí. Pero no es tan fiero el león como lo pintan. A veces, bajo la capa de esos hombres rudos y terribles, hay almas de criatura. Y me parece que el señor Ned es una de ellas.

—¡Pobre señor Ned! No le quiere nadie en esta casa.

—Esta es su tragedia.

El confitero apareció con la cajita en la que había el pastel. Era una cosa tan linda y bella que daba tristeza pensar que había que comerlo.

—Me da pena cortarlo — dijo Mary—. Pero no hay más remedio. Ya le mandaré un pedacito, señora Higgins.

—Gracias, Mary.

—Me voy ya. Hasta la noche.

—Que te diviertas mucho, Mary.

Con la cajita en la mano, Mary marchó rápidamente. Era muy tarde y sus amigos estarían aguardándola con impaciencia.

Se dirigió a la carretera que en línea recta conducía hacia el aeródromo. ¡Oh, si encontrase el autobús de línea! Y cuando salió de la casa lo vió avanzar, potente y veloz y corrió hacia él. La dejaba precisamente junto al campo de aviación, al que llegaría dentro de pocos minutos.

Corrió hacia el coche haciéndole seña de que parase, pero en aquel mismo momento surgió otro automóvil en dirección contraria y se lanzó, sin poder evitarlo — era en una revuelta del camino—sobre la joven, con tan terrible ímpetu que la derribó y aplastó bajo su peso.

Momento de espantosa emoción... Del autobús salieron voces de horror y los pasajeros corrieron en auxilio de la mujer.

El dueño del vehículo causante del atropello había descendido de él y se lamentaba, pálido y temeroso.

—No pude evitarlo. ¡Se interpuso en mi camino!

Examinaron rápidamente a la mujer... convenciéndose de que ningún esfuerzo humano era ya posible. La infeliz estaba muerta... Ya nunca más volvería a latir su corazón tantas veces dolorido. Hilillos de sangre se escapaban como caminitos rojos de su sién...

Otro coche se detuvo cerca. Era el que conducía Thomas y que llevaba a casa de Smythe a la señorita Adela.

El chofer contempló con profunda melancolía el cadáver. Adela tenía un gesto de espanto.

—Es Mary—dijo el chofer casi sin poder articular palabra—. ¡Pobre criatura! Es Mary, la doncella de mis señores.

—¡Qué desgracia!

—Y es la madre de Shirley, de aquella niña del aeródromo... ¿se acuerda?

—¡Esto es terrible! ¿Quién iba a pensar...?

Tuvo que enjugarse unas lágrimas. No la conocía, pero la idea de que fuese madre de aquella niña tan gentil del aeródromo la había enternecido mucho.

Cerca, a pocos pasos de la muerta, estaba abierta la caja de pastel y el avión de azúcar y merengue aparecía partido, con las alas desprendidas, alas de vida y de ilusión rotas ya para siempre.

* * *

¡Cuán lejos de la tragedia! ¡Cómo a veces ésta nos acecha como ladrones que detrás de una esquina se agazapan para quitarnos cuanto llevamos y la vida también! Juguetes de la adversidad, ¿por qué nos consideramos tan orgullosos, si en un instante, nos puede herir el destino de la manera más cruel?

¡Cuán ajenos a la amarga realidad estaban los aviadores y la niñita Shirley! Todo era alegría a su alrededor... alegría que consideraban definitiva y era quebradiza y se iba a acabar muy pronto...

—Tu mamá se retrasa—había dicho Loop a la niña—. Mira, vamos a celebrar la fiesta en el aeroplano. Oiga, Max—manifestara a un mecánico—. Avíseme cuando llegue la señora Blake.

—Perfectamente.

—Vamos a subir. Daremos vueltas por el campo.

Subieron todos los aviadores al gran avión postal en el que cabían holgadamente más de veinte pasajeros. Dieron la radio. El avión comenzó a deslizarse majestuosamente por el campo mientras los aviadores reían y aplaudían a la niña.

—Vamos a ver, Shirley. Canta aquella canción que conoces tan bonita del chocolate.

—Canta... canta.

La pequeñita cantó con su gracia única, singular y deliciosa, una bella y fina canción infantil, la de una muñequita que porque había comido mucho pastel, estaba enferma.

Los aviadores gozaban ávidamente con aquella fiesta inocente y buena que les hacía recordar el hogar lejano o el que pensaban formar

próximamente. Todos ofrecían a la pequeña, mientras ella cantaba, pedacitos de pastel que la niña probaba, dejando huellas de crema y nata en sus labios y en su naricilla.

Cinco, diez, veinte minutos. El avión no volaba, sino que avanzaba a ras de tierra con la seguridad de un automóvil mullido y confortable. ¡Se estaba tan bien allí, en aquel ambiente de risas, de infantiles goces, en que cada uno de los aviadores, gente acostumbrada a mirar a la muerte frente a frente, se sentía un poco niño! ¡Y sentirse un poco niño es olvidar, aunque sea momentáneamente, las maldades de los hombres!

Loop, que quizás era el que sentía una satisfacción mayor ante la alegría de la niña, se dió cuenta de pronto, por el ventano, de que desde un automóvil que avanzaba paralelo al avión, una mujer le hacía gestos con el brazo. Y, fijándose bien, reconoció asombrado a Adela.

Frunció el ceño. ¿Qué le ocurría a aquella mujer? ¿Por qué le llamaba de aquel modo? Al principio pensó en algún capricho al que no era necesario contestar, pero más tarde, ante la actitud seria y angustiada de la muchacha, sospechó que pudiera suceder algo grave.

—Un momento. Haz el favor de parar. Me están llamando.

—¿Quién?

—Aquella mujer.

—¿Quién es? ¿Qué significa eso?

—No sé. Una conocida. Para...

Detúvose el aeroplano y Loop descendió a tiempo que lo hacía de su automóvil Adela, quien avanzando hacia su antiguo amigo, le dijo con temblorosa expresión:

—Malas noticias, Loop.

—¿Malas noticias?—repitió con extrañeza—. Pero, ¿qué ha pasado?

—Una gran desgracia. La mamá de Shirley... ha muerto... La atropelló un coche en el camino y...

—¡Dios mío!

Sintió como si se tambaleara, pero un esfuerzo de su voluntad le rehizo rápidamente. Miró al avión en el que estaba la niña, ajena a aquella desgracia irreparable.

¡Pobre muchachita! ¡Pobre mamá! ¡Y morir en aquel día... en que parecía no tenía que morir nadie!

Volvió los ojos hacia Adela, cuyo semblante denotaba la honda emoción de que estaba poseída.

—Te agradezco que hayas venido

a decírmelo. Ahora... habré de comunicarlo a la niña... y eso me parte el corazón.

—¿Me permites acompañarte?—le dijo con solicitud—. Entre los dos no será tan terrible.

Dudó, pero rápidamente repuso:

—Gracias. Prefiero estar a solas con ella.

—Comprendo.

Se dieron la mano en silencio... y Loop volvió a subir al avión mientras ella se encaminaba al automóvil y sentía como propia la desgracia.

Los compañeros de Loop adivinaron inmediatamente en la actitud turbada y anhelante de éste que algo grave había sucedido.

Shirley seguía bromeando.

El aviador comunicó en voz baja al oído de uno de sus compañeros la terrible noticia y éste la transmitió a la vez al otro y así sucesivamente hasta que todos fueron partícipes de ella. A medida que la nueva se conocía, variaba la expresión de los rostros. La alegría desapareció rápidamente; el dolor y el estupor se reflejaban en las facciones de aquellos hombres curtidos.

—¡Marchad!—les dijo en voz baja Loop.

La niña seguía sin fijarse en ello. Cantaba aún, saboreando los dulces con que la habían obsequiado sus amigos.

Rápidamente fueron saliendo los aviadores.

—¡Adiós, Shirley! Nos hemos divertido mucho, mucho...

Y tenían que esforzarse para no romper en llanto al pensar en que la alegría de la niña se iba a cubrir dentro de breves instantes, de sombras.

La pequeñita contemplaba un poco extrañada la precipitada huída de sus amigos.

—¿Pero os vais ya? ¿Se acabó la fiesta?

—Sí, se acabó, querida—le dijo Loop cogiéndola en brazos y sentándola sobre sus piernas.

—Tanto como nos divertíamos—suspiró.

Loop con una expresión triste y preocupada besó la frente de la pequeña, luego dijo:

—Dime, Shirley, ¿qué es lo que más te gustaría en este día de Navidad?

La respuesta nació del corazón:

—Volar.

El sonrió.

—Precisamente lo que me imaginé.

—¡Me gusta tanto!

—Pues vamos a volar juntos.

—¿Muy alto?

—Sí, muy alto.

Tristemente se puso ante los aparatos de marcha y el majestuoso avión comenzó a remontar el espacio.

Shirley estaba radiante, contemplando con emoción cómo las casas y los campos iban empequeñeciéndose y ya sólo las nubes formaban alrededor de ellos como una aureola.

No tenía miedo. Sentía una confianza sin límites al encontrarse junto a Loop, al que quería como un padre. Este, triste y grave, continuaba en el puesto de mando dirigiendo el avión con maravillosa pericia. De vez en cuando contemplaba a la pequeña que le cogía por un brazo suavemente.

¡Pobrecita Shirley! Pronto tendría que explicarle la verdad, la dolorosa realidad de su orfandad completa. Aquí, muy a lo alto, entre nubes, fuera de la tierra, le diría la triste historia. ¡Pobrecita nena, pálida y dulce! Iba retrasando el momento de la confesión como robando minutos a la desgracia.

La acarició con suavidad. Ella sonreía, alegre y feliz de su bautismo del aire.

—¿Sabes a dónde vamos?

—No.

Y la cabecita linda acompañó con un gesto la negación.

—Pues... hacia el cielo.

—¡Qué bonito!

Enlazó las manos como en una mística plegaria.

—Todos iremos allá algún día...

—Lo sé...

Y la niña seguía contemplando el espacio majestuoso, infinito.

—Mis padres están allí ahora—explicó Loop.

—Sí, y mi papá también. ¡Qué bonito es el cielo! ¿Nos estamos ya acercando?

—Sí, ya nos rodea.

—¡Qué grande es!—decía admirando la amplitud que le rodeaba, cielo azul, nubes blancas algodonadas, celajes finos por entre los que palpitaba el sol.

Había llegado el instante temido, doloroso. La voz de él en vano quería mantenerse firme.

—Tengo algo que decirte.

—¿Un cuento?

Y la risa brotó de sus labios.

—No. Una historia. Mira... niña. Tu mamá ha estado muy triste sin tu papá...

—Lo sé... siempre llora por él.

Y el recuerdo del padre caído quitó espontaneidad a la sonrisa de la nena.

El suspiró:

—Hoy tu mamá fué a verle.

—¿A quién? ¿A papá? — dijo sorprendida.

—Sí.

—¿Y en el cielo?

—En este momento están juntos, allá... los dos...

Y miró fijamente a Shirley, que acababa de comprender con rápida intuición la irreparable desgracia.

—Loop... Loop. ¿Ha muerto... también mamá?

—¡Angel mío! Tu mamá también ha muerto...

—¡Mamá!

Su rostro experimentó las angustias del llanto. Sus hermosos ojos se inundaron de lágrimas y la garganta se quebró en el sollozo más triste de su vida.

—¡Mamá! ¡Mamá!

¡Pobre corazón; pobre niñita buena y sola... sin amor de padre... sin amor de madre... dulce criatura nacida para el dolor!

—¡Shirley!

Permanecieron unos instantes abrazados, sintiendo también el aviador que el llanto rodaba por sus mejillas. Se dejaba acariciar por la pequeña y con la otra mano sostenía los aparatos de mando.

Ahora viró en dirección abajo, de nuevo hacia tierra... tierra ingrata a la que volvía con un alma destrozada, la de la pobre niña huérfana que con voz muy tenue y mirando aquel cielo tras del cual se ocultaba la inmensidad de la otra vida, repetía quedamente como una súplica, como una caricia, como un amor no correspondido:

—¡Mamá! ¡Mamá!

* * *

Pasado el trágico golpe de aquella Navidad, fué preocupación de todos el ver lo que se hacía con la niña.

Los Higgins no se había repuesto aún del terrible golpe que les había causado la muerte de Mary, la compañera buena que había salido aquella mañana llena de vida, sin pensar que la siniestra hacha del mal iba a terminar con ella.

—¿Qué será de ella ahora?—decía la pobre cocinera.

—Los Smythe son demasiado egoístas para protegerla.

—Y nosotros no podemos recogerla—dijo el mayordomo.

—¿Por qué no?

—¿No comprendes? Tendríamos que dejar nuestros empleos. Los señores no tolerarían la adopción.

Cerca, en otra estancia, los Smythe se habían reunido como en consejo de familia, hablando de aquella desgracia que había trastornado, interrumpiéndola, la vida egoísta en que se deslizaban los años.

Allí estaban el matrimonio, el tío Ned y la primita Adela, que ponía un encanto de feminidad entre aquellas gentes dominadas por el egoísmo.

—No tiene ningún pariente... la pobrecita—intercedía Adela.

—Sí — decía su primo—, pero nosotros no tenemos ninguna responsabilidad legal.

—Cierto, pero todos esperan que hagamos algo.

—¿No tienen a los aviadores? Pues que se cuiden de ella.

—No podrán—dijo Adela.

—No hay que preocuparse con exceso — acabó diciendo el joven Smythe—. La pondremos en un asilo y así habrá terminado nuestra tutela.

Tío Ned, que hasta entonces había guardado un sospechoso silencio, levantó la cabeza y dijo:

—Nada de eso.

—Pero...

—He dicho que nada de eso... Ningún asilo para Rayito de Sol.

—¡Hola, Shirley, bonita!

—Era el mejor aviador del mundo...

—...vamos a llamar a tu mamá.

—Tú eres diferente, Shirley...

—Me siento tan solo sin tu papá.

...contemplaban con tierna solicitud la alegría de aquella niñita...

—...tengo otro regalo para ti.

—¿Se acabó la fiesta?

—¿Qué es lo que más te gustaría en este día de Navidad?

—Los vuelos en redondo hay que saberlos dar.

—Lo quiero mucho y al señor Ned también...

—¿Es malo tu niño?

—Tengo derecho sobre ella.

—¿Estás muy enfadado conmigo, Loop?

—Hagámoslo si quieres otra vez...

—Oye, Loop, ¿tendré que declararme yo?

—¿Rayito de Sol?

—Así... así la llamo yo. Es una niña muy buena... y tal vez la única que me quiere en esta casa.

—No digas eso. Pero ella no puede permanecer aquí.

—¿Por qué motivo?

La señora Smythe puso el grito en el cielo:

—¿La hija de una sirviente, compañera de Joy?

La voz del tío Ned vibró de cólera.

—¡Sirvienta! — rugió—. Tu padre era carnicero. Y el tuyo, albañil—añadió dirigiéndose a su sobrino.

Los esposos sintieron la humillación de su origen que querían olvidar con la ingratitud de nuevos ricos que blasfeman de su pasado. De buena gana hubieran obligado a callar a tío Ned que les recordaba estúpidamente los principios difíciles en contraste con la esplendorosa situación de hoy. Pero tío Ned era la promesa de la fortuna... y había que aguantarle.

—No te sulfures.

—Me sulfuraré si me da la gana —prosiguió el viejo—. Y os digo que si queréis mi dinero es preciso que Shirley se quede aquí.

—Pero...

—Yo pagaré sus gastos.

—¿Tanto la quieres?

—Mucho más de lo que podéis figuraros. Ella ha sido buena para mí, lo que vosotros no habéis sabido ser nunca, ¿comprendéis? Y os advierto que estoy dispuesto a buscar un lugar para ella... y para mí también.

Y accionando las ruedecitas del coche abandonó la habitación mascullando frases de violencia.

¡Ah, aquel hombre! Le exaltaba la idea de que Shirley, aquella chiquilla linda, pudiese abandonar la casa. Su madre había muerto y no era cuestión de dejarla en el arroyo ni en la lobreguez de un asilo. No. La quería tener a su lado y la prefería a Joy, insoportable como nunca. No le importaba que ésta fuera su verdadera sobrina; la comunidad de alma no la forma la sangre sino el afecto.

—¡Estamos arreglados!—dijo la señora Smythe—. Tío Ned chochea y se ha empeñado en quedarse con la niña.

—Tú tienes la culpa—advirtió su esposo—. Acuérdate que colocaste a su madre contra mi voluntad. No me gustan criadas con familia.

Todo son después cuestiones e inconvenientes.

—¿Tengo la culpa de que la hayan matado?

Cansada de oírles discutir, Adela, que sentía un gran interés por la niña, acrecentado al saber que Loop era como un padre para ella, salió del saloncito y al hallarse en la contigua habitación vió a tío Ned que la llamó bondadosamente.

—Adela, ¿qué opinas tú del caso?

—Que tiene usted razón... que es usted muy bueno.

—¿Permitirías tú que mandasen a ese angelito a un asilo?

—Por mi voluntad, de ningún modo.

—Así se habla... así querría oír hablar a todos. Pero... ¿y Shirley? ¿Dónde está Shirley?

—Con Loop... pasa allí todo el día desde la desgracia.

—¿Quién es Loop?

Inclinó la cabeza, enrojeciendo. Loop volvía a ser para ella el ídolo, lo que no se olvida nunca. Los resquemores, las diferencias habían pasado y sólo quedaba como permanente el recuerdo de los días vividos en que comenzaba la juventud y el amor era fresco como una rosa de primavera.

Tío Ned adivinó lo que pasaba por el ánimo de la joven.

—Ya sé quién es Loop. Ese aviador que te gusta tanto, ¿no?

—Sí.

—¡Ah, traviesilla! Bueno, Adela. ¿Me querrías hacer el favor de ir a buscar a Shirley? Quiero que esté conmigo.

—Ahora mismo, tío.

Aquello le proporcionaba la ocasión de ir al aeródromo y ver a Loop. Y corrió al espejo para que él la encontrara guapa como nunca.

* * *

El tiempo era malo. Todas las noticias meteorológicas indicaban tempestad. Los aviadores pasaban graves peligros. Pero aquella misión suya, como de centinelas del aire, no podía dejarse incumplida.

Uno de los pilotos acababa de aterrizar después de un duro viaje en que, como un cometa al viento, el avión recibió todos los embates de Eolo.

Deseaba descansar, dormir algunas horas tras el fatigoso recorrido. Mas la obligación exigía verdaderos sacrificios. El jefe del aeródromo, un hombre inflexible, frío, hasta desconsiderado con sus pilotos, le ordenó que se elevase de nuevo, pues había que enviar unos pliegos a San Francisco.

—¡Esto es terrible!—se quejó a Loop—. ¡Vaya un jefe!

—Menos mal que no te dijo París.

—Hubiera tenido que ir del mismo modo. En fin, Dios sobre todo.

—Y buena suerte.

—Adiós, Shirley.

Dió un besito a la niña que se hallaba jugando con el pequeño avión que le habían regalado por Pascua... y salió para volar y vencer la fiereza de los elementos.

Shirley, desde el día en que conoció su completa orfandad, vivía en el pabellón de Loop. La constancia, los mimos, el cariño, la continuada efusión del aviador y de los otros compañeros, la habían distraído levemente de su dolor, de aquella pena que por la noche especialmente le hacía llamar en voz baja a la madre muerta...

Aquel día la niña se balanceaba suavemente en el avión y tan en redondo quiso virar que ella y aparatito cayeron al suelo, provocando la carcajada de Loop.

—Esto es algo nuevo en materia de aviación, chiquilla—dijo a tiempo que la levantaba y la cubría de besos—. Las vueltas en redondo hay que saberlas dar.

—¿Me las enseñarás tú, Loop?

—No faltaba más.

Una voz femenina, delicada, se dejó oír:

—¿Se puede pasar?

Volviéronse rápidamente y vieron a Adela Martín.

La niña, deshaciéndose de los brazos de Loop, corrió hacia la recién venida, a la que profesaba una viva simpatía.

La sonrisa de Loop había desaparecido. Adela, a la que había querido tanto en otro tiempo, le renovaba las heridas del alma, abriendo de nuevo sus cicatrices. Había sido mala y burlona con él, rompiendo el camino de su vida. El rencor vivía todavía en su espíritu,

a pesar de un cierto sentimentalismo del que apenas se daba cuenta.

Adela había cogido en brazos a la chiquilla, quien le decía:

—Me alegro que haya venido a ver a Loop y a mí.

La joven, sonriente, sin reserva, con una dulzura que el más cerrado hubiera tomado por amor, sonrió al piloto, y éste, como deseando poner una barrera a toda efusión, preguntó:

—¿Qué deseas?

—Hablarte a solas.

—¿A solas?

Disimulando su disgusto, dijo a Shirley:

—Shirley, anda a averiguar si el transcontinental llegó a tiempo.

La niña sonrió con malicia.

—Llegó a tiempo... ya lo pregunté.

—Pues averigua si han preparado mi avión.

—Vi cuando lo preparaban.

Rieron los dos jóvenes.

—¡Diablo de chiquilla! ¿Quieres irte de una vez?

Shirley comprendió y haciendo un gesto picaresco, de buena entendedora, marchó de allí, dejando a los jóvenes que en otro tiempo se habían querido tanto y sobre los que caía la pesadez de la desconfianza.

Estaban de pie, contemplándose minuciosamente como dos adversarios, pronto al primer zarpazo. Ella fué la que rompió a hablar con un dejo de queja.

—Podías ofrecerme un asiento.

El calló.

—¡Qué rencoroso eres!

Con aterradora frialdad le señaló una silla. Adela parecía apenada. No podía aceptar que se mantuviese tanto rencor. Al fin y al cabo había sido una cosa sin importancia. Ella, como muchas mujeres, no llegaba a comprender que un hombre pudiera ver amargada su vida por una de esas ligerezas sin importancia.

—¿No puedes olvidar el pasado?

—No puedo olvidar el desprecio que me hiciste.

Su voz era cálida, pronta a excitarse al recuerdo de la ingratitud.

Encendió un cigarrillo y apagando el fósforo comentó:

—Nuestro amor está tan muerto como esto.

La voz de Adela tuvo inflexiones de caricia.

—¡Loop!

—¡Jamás olvidaré cómo te burlaste de mí!

Las manos blancas, finas, avanzaron como si quisieran acariciarle, pero retrocedieron al poco, temerosas de un gesto de repulsión.

Adela habló. Sus palabras tenían perfume de indulgencia, de humildad, la dulce atención de la mujer que confiesa sus errores y pide reconstruir lo perdido.

—¿Y si te confesara lo mucho que lo siento?

Inflexible la respuesta. Orgullo, llamas de volcán.

—Ya es tarde.

—¡Loop!

Ahora el nombre tembló como si lo acariciara. Pero la contestación fué brusca también.

—Bueno, ¿qué deseas?

Comprendió Adela la inutilidad de seguir hablando de aquello, de resucitar lo que parecía perdido. Y se refirió al otro motivo de su visita:

—Deseo hablarte acerca de Shirley.

—¿Qué es?

—Los Smythe dicen que puede vivir con ellos.

Una sonrisa de ironía se dibujó en sus facciones.

—Supongo que es para complacer a tío Ned, ¿verdad?

—No seas así.

—Pues de aquí no sale.

Adela no se daba por vencida. ¿Iba la súplica de una mujer que había sido algo tan grande para Loop y que por ello Loop no quería perdonarla, a no ser escuchada y atendida?

—Sé que la quieres mucho, Loop. Pero hazte cargo. No puede vivir rodeada de hombres.

—Son hombres dignos.

—Lo sé, pero Shirley necesita el cuidado de una mujer.

Loop se exasperaba:

—Los Smythe son unos infames. Les conozco. No me importa que sean parientes tuyos... digo la verdad. La pobre Mary estaba quejosa de ellos.

—Te prometo que a Shirley no le faltará nada. Te lo prometo. Yo misma la cuidaré. ¿Me vas a negar este favor? ¿No comprendes? Vamos, Loop, déjame llevarme a la niña conmigo.

Pero él seguía negando rotundamente:

—No... Pienso poner casa. Alquilaré una doncella y cuidará a Shirley.

—Eso no se hace en un día... y Shirley, entretanto, aunque tú quieras, Loop, aunque tú quieras, no estará lo atendida que es menester. A veces tendrás que marcharte... y la niña quedará sola ¿comprendes?... sin que la vigilen y la amparen... Hasta la pueden raptar. Sí, sí, no te sonrías. Vamos, Loop, ¿no te parece lógico lo que te pido? Lo hago por la niña, por el bien de ella, nada más.

Loop no dejaba de ser un hombre razonable. No, no iba Adela desencaminada en lo que decía... Ellos eran hombres solos y no podían cuidar lo suficiente a una niña como Shirley. Además, él podía estar resentido con Adela... pero Adela no era mala chica... y seguramente atendería a Shirley como a una hijita de su corazón.

Con los Smythe no la dejaría nunca, nunca, por odiosos, por egoístas, por los instintos bajos que habían demostrado... pero con Adela... era ya diferente. Shirley parecía demostrarle gran simpatía... y esto era también lo principal.

—Bien—concedió en voz baja—. Llévatela hasta que arregle las cosas. Pero, cuídala bien. Idolatro a esa criatura.

—Lo sé... y por eso mismo... la cuidaré con el más perfecto amor. Gracias, Loop... eres maravilloso.

Sonrió con tristeza.

—Lo mismo pensé de ti en otro tiempo.

Iba Adela a contestar con una de esas respuestas oportunas que tienen las mujeres para defender su punto de vista, cuando apareció Shirley.

—Loop... ya llegó el avión, pero no sé si adelantado o retrasado.

—Bien, lo mismo da...

Y la cogió en brazos.

—Me vas a contestar a una cosa, Shirley. ¿Te gustaría vivir con los Smythe?

—Por mi gusto, no.

Y sonrió cariñosamente, mientras Adela la acariciaba.

—Sólo estarás por un poquito de tiempo, Shirley—le dijo.

Ella le miró con cierto amor filial.

—¿Estará usted allí?

—Sí, estaremos juntas.

La pequeñita besó a Adela.

—La quiero mucho y al señor Ned también.

—Nos iremos en seguida, ¿te parece?

—Sí... sí. Pero, ¿vivirá Loop con nosotras?

Con cierta malicia, Adela contestó:

—Por ahora, no.

Sintió Loop cierta turbación. En su alma se fraguaba una tempestad de sentimientos encontrados. El recuerdo del pasado se levantaba todavía acusador y violento, pero la intervención de aquella niña parecía suavizar el antiguo rencor.

Era hora de partir. El perro corría por la habitación y como viese Loop que Shirley le acariciaba con cierta melancolía, le dijo:

—Llévate a "Trapillos" también.

—Gracias, Loop.

Adela brindó esta vez, franca y leal, la mano al aviador.

—Ven a vernos cuando quieras.

Vaciló aún Loop, pero acabó por estrechar la diestra firme y olorosa. ¡Ay, aquella mano que tantas veces había besado con la ilusión única de los besos fugitivos, robados! ¡Aquella mano de caricia y de amor!

Después estrechó contra su corazón a la pequeñita y le dijo al oído, como una dulce recomendación:

—Si no te sientes feliz, no olvides la sortija mágica.

—No, Loop.

Salieron las dos con el perro "Trapillos", que ladraba alegremente. Quedó Loop junto a la puerta, saludando y diciendo adiós hasta que desaparecieron en un automóvil. Tenía el alma saturada de melancolía, melancolía por la partida de Shirley... y por Adela. Recuerdos de juventud brotaban en él como flores en la primavera. ¿El amor es un pasado que se va para siempre... o puede volver con alas de perdón? Dilema que se limitó a sentir sin investigarlo.

* * *

Protegida por tio Ned, Shirley era como una reina en la casa de los Smythe, quienes sólo a regañadientes toleraban a aquella criatura.

Joy seguía profesando la misma rivalidad y antipatía de siempre a

Shirley. La veía superior en todo, en bondad, en simpatía, en inteligencia... y se revolvía interiormente contra ella.

Aquella mañana, las dos niñas, vestidas con trajes y sombreros de persona mayor que la modista les había confeccionado expresamente, salieron al jardín a pasear en sus cochecitas a sus dos muñecas, regalo de Pascuas.

Las niñas estaban graciosas con sus vestiduras como habitantes del reino de Liliput o disfraces de un baile de gala.

Joy iba siempre seria y grave, como era en ella costumbre; por el contrario, Shirley tenía una sonrisa permanente entre los labios.

—¿Es mala tu niña?—preguntó de pronto Joy señalando la muñeca de Shirley.

—No... buena como el pan.

—A la mía la tengo que estar pegando siempre. Está llorando otra vez.

Y llevada de su carácter duro empezó a dar fuertes golpes contra el cuerpo de la muñeca, mientras Shirley movía la cabeza y levantaba los ojos al cielo como pidiendo a Dios iluminara un poco más la inteligencia de su compañera.

Llegaron hasta el lugar donde estaba tomando el sol el estrambótico tío Ned, quien al ver a las dos niñas sonrió. Desde que Shirley estaba en la casa se hallaba más calmado y tenía para las cosas un mayor interés.

—Señoras, ¿cómo están los niños? — preguntó sonriente.

Joy, ave de mal agüero, salió con una respuesta que crispó los nervios de tío Ned. ¡Siempre aquella chiquilla teniendo que decir algo desagradable!

—A la mía la voy a llevar al hospital a que la operen.

—¡Demonio!

—Tendrán que cortarle las piernas.

Apretó las manos. ¡Antipática criatura! A su alrededor nada más que desdichas y tristezas.

—¿Y a la tuya? — preguntó a Shirley.

—La mía está muy bien, tío Ned. No le falta nada.

—Menos mal...

—Tenemos que irnos—siguió diciendo con su voz silbante Joy—. Marchemos, Shirley.

Y apenas habían avanzado unos pasos, a Joy se le ocurrió una idea, como suya, peregrina.

—Juguemos a hospitales.

—¿A hospitales?... No... no...

—Sí... sí. Yo operaré a tu muñeca.

—Nada de eso.

—¡Harás lo que yo diga!

—¡No lo haré!

Y se puso enfrente del coche dispuesta a defender a puñetazos la integridad de su muñeca.

Joy, furiosa, insistió:

—Te digo que lo harás. Harás lo que yo quiera... porque aquí estás de caridad, ¿sabes? Papá se lo dijo a mamá.

Sintió Shirley el dolor de aquellas palabras, y las lágrimas acudieron a su rostro. Pero quiso contenerse, sorbiendo íntimamente su llanto.

—Mira, juguemos a otra cosa, Joy.

—Sí, a un descarrilamiento de trenes.

—¿Y eso cómo es?

—Mira, no te muevas. Yo soy el tren. No te muevas...

Retrocedió unos diez metros y luego embistió en línea recta hacia donde estaba Shirley. Pero Shirley comprendió la intención y con una habilidad soberana se hizo a un lado y Joy al impulso de la velocidad vino a chocar contra el bordillo cayendo al suelo ella y su coche.

Joy se echó a llorar a grandes gritos mientras Shirley la contemplaba asustada.

Acudieron los padres de Joy, los cuales procuraron calmar a la pequeña.

—¡Esa Shirley es intolerable! —decía el señor Smythe—. No podemos continuar así.

—Ha durado ya bastante tanta travesura—agregó su esposa—. Es demasiada humillación.

Toi Ned se indignó.

—Shirley no tiene la culpa. Lo que ocurre es que Joy trata a Shirley de una manera horrible, como todos en esta casa... pero esto se va a terminar, porque tengo un plan para arreglarlo todo. Os lo aseguro.

Mascullando amenazas marchó al interior mientras los padres continuaban consolando a Joy y Shirley se había marchado asustada hacia la cocina.

La escena había sido presenciada por el aviador Loop que había ido allí para ver a Shirley y se encontraba con un incidente que le indicaba sin ninguna duda que Shirley era un obstáculo en aquel hogar. Se sentía furioso... Adela le había en-

gañado. En vez de cariño le hacían soportar humillaciones infinitas a Shirley. Pero esto no duraría ni un minuto más. Era preferible cien veces que la niña estuviera con los aviadores que en aquel ambiente nefasto de odio y tiranía.

Decidido, dirigióse hacia la casa y avanzando hacia tío Ned, que estaba discutiendo con sus sobrinos, le dijo:

—Usted perdone, pero desearía hablar con usted.

—¿Y quién es usted?—contestó de mal talante.

—Soy el padrino de Shirley... y deseo hacer algo por ella.

Los Smythe le contemplaron con curiosidad, mientras tío Ned no parecía muy convencido.

—Espero que aquí la tratarán bien, ¿no?—continuó Loop.

—Naturalmente—dijo la mamá de Joy con ironía—. Es un angelito.

—Pues he venido a pedirles que la dejen vivir conmigo.

Los Smythe sonrieron de júbilo. ¡Magnífica oportunidad para librarse de la carga insoportable de aquella criatura! Pero no era de esta opinión tío Ned, para quien Shirley era más que el sol... era la propia vida... lo único alegre de su existencia.

—¿Qué significa esto? — protestó—. Usted es el aviador ese con el que estaba la niña, ¿no?

—El mismo.

—Detesto los aeroplanos.

Sin alterarse, Loop replicó:

—¡Y yo las sillas de inválidos!

—¡Insolente! Acabará usted en una de ellas. ¿Usted quiere llevarse a Shirley, eh?

—He hablado claro.

Le miraba con infinito desprecio.

—Y usted es soltero, ¿verdad?

—Sí.

—Gana poco sueldo, ¿no es cierto?

—Por desgracia.

—¿Y vive en el aeródromo?

—Todos los días.

—¿Y come en los restaurantes?

—Así parece.

—¡Ah, ni casa, ni mujer, ni cocinera! ¡Qué vida!

—No tan mala. Pero puedo darle cariño a Shirley, que es lo que ella necesita y aquí no tiene.

—¿Cariño? Aquí la queremos todos, ¿verdad?

—Claro que sí.

Pero la voz del matrimonio fué

sin entusiasmo, de puro y simple formulismo.

—Ya lo oye. Y no le daré la niña.

—Tengo derecho sobre ella —dijo firmemente Loop, a quien aquella familia le caía encima como algo intolerable.

—En este caso, vea a mis abogados—rugió tío Ned.

—No necesito verles.

—Sepa que pienso adoptar a Shirley, ¿ha comprendido?

—¿Adoptarla? ¿Usted? ¿Ustedes? ¿A Shirley, a la que es como si fuera mi hija? ¡Bah! Yo también buscaré mis abogados y se lo impediré.

—¿Usted? Usted no tiene dinero. No podrá hacer nada.

—Ya lo conseguiré en alguna parte. No se preocupe por eso.

—Y aunque lo consiga, ¿qué? Tengo de mi parte los mejores letrados del mundo... y estarán a mi servicio.

—Ya lo veremos. Buenas tardes, señores.

Marchó enfurecido, contemplando con desdén a aquella familia que creía opresora de la pobrecita Shirley.

Al salir encontró a Adela que había estado oyendo el vivo diálogo entre tío Ned y el aviador y sufría por las derivaciones del mismo.

Adela le miró con aquel amor que había vuelto a resurgir en su alma, pero él la atajó con un gesto en que vibraba el rencor de antes:

—Me volviste a engañar, ¿eh?... ¡Conque Shirley muy bien cuidada y en cambio, en la realidad, cuán distinta!

—He oído lo que hablásteis... Te juro que no sabía nada de esto, Loop.

—¿Otra mentira?

—La verdad.

—¿Esperas que crea algo?

—No lo sé si me creerás. Lo que yo te digo es que estoy de parte tuya.

—¿Tú?

—Sí, Loop... Porque tu cariño por Shirley es todo lo que me importa y lo defenderé sobre todo.

Había hablado con tanto apasionamiento, que el joven sintió otra vez una oleada de dulzura.

—¿Por la niña solamente?

Adela se limitó a decir, a tiempo que sus grandes y hermosos ojos se clavaban en él con una mirada amorosa:

—Tu cariño es lo más grande del mundo.

Se sintió halagado y sonrió.

—Me alegro que hayas descubierto eso. Antes no pensaba así.

Pero oyendo pasos y queriendo evitar una nueva entrevista desagradable con el tío Ned o sus sobrinos, se despidió de Adela, estrechando vivamente su mano y marchando con rapidez hacia el jardín.

Se iba sin Shirley... pero en su corazón había como una paz y una tranquilidad suaves... Adela cuidaría de la niña... Sí. Ella no le había engañado. Adela era como una madrecita para Shirley...

* * *

Las dos niñas dormían en la misma alcoba... cada una en una cama... Aquella noche, Shirley, ya en el lecho, ponía junto a sí al hermoso perro "Trapillos", noble animal que aumentaba su ternura como si comprendiera que rodeaba a la niña una atmósfera casi de hostilidad.

La señora Smythe, después de rogar a Joy que se durmiese, lo que ella no quería hacer con su espíritu de eterna protesta para todo, descubrió al perro y, muy severamente, advirtió a Shirley:

—Oye, Shirley... ese perro no puede quedarse en casa.

—Pero...

—Tiene pulgas.

—No. Sólo se rasca porque le pica.

—Bueno, pero hay que echarlo fuera, ¿me entiendes?

—Bien, señora.

Los ojos tristes, húmedos del can, contemplaban a la señora Smythe, tan dura de corazón. ¿Iban a dejarle fuera del ambiente mullido, acogedor de la cama?

La señora Smythe besó otra vez a Joy y marchó decidida y fría, como de costumbre.

No quiso obedecer Shirley las órdenes de la señora. La miraba el pe-

rro tan compasivamente, con tanto amor... Y lo ocultó bajo las sábanas, sintiendo la proximidad de su calor.

Joy, nerviosa, encendió la luz y se incorporó alegremente.

—Vamos a jugar a ladrones, Shirley.

Pero Shirley sabía que la noche se había hecho para dormir y le asustaban los juegos de su compañera.

—No, Joy, quiero descansar.

—Pues si no juegas le diré a mamá que tienes el perro.

—¡Haz lo que quieras, chismosa! ¡Lo echaré fuera!

Y cogiendo en brazos al can, que gruñó tristemente, salió para dejarlo en una galería.

Pasaba por cerca del corredor cuando oyó discutir al matrimonio Smythe. Se ocupaban de ella y aguzó el oído, llena de curiosidad y de interés.

—No sé qué hacer—decía el esposo—. Tío Ned es capaz de cometer una tontería. Quizá haya cambiado su testamento y nos haya desheredado. ¡Es intolerable!

—Y todo por una huérfana, por esa niña idiota de la criada—protestó la mujer.

Sintió Shirley que el color le subía a la cara y cómo palpitaba su corazón.

—No hace más que causarnos dificultades esa chicuela — continuó el marido—. ¡Ah, si me hubieses hecho caso!

—¿¿Vas a seguir molestándome?

—Es preciso deshacernos de ella. A ver si ese aviador, ese Loop, se la lleva de aquí.

—¿Pero qué diría tío Ned? ¿No comprendes?

—Sí, sí; pero esa chiquilla acabará con nuestro hogar... y eso no puede ser. Es preciso tomar una resolución.

Una sonrisa de compresión flotó en los labios de Shirley... Bien, no iba a darles demasiado trabajo. Tampoco ella se encontraba a sus anchas en esta casa donde, salvo la señorita Adela y tío Ned, sólo recibía zarpazos de los Smythe. No estaba allí por su gusto... y prefería volver con Loop, con todos los demás aviadores que la querían de verdad, con un corazón generoso y leal. Allí podría reír y cantar a sus anchas y dormir con "Trapillo" y no tener siempre que vigilar las malas trastadas de Joy, tan antipática como de costumbre.

De puntillas volvió a su cuarto. Joy, con los nervios rendidos, se había dormido. Shirley sacó de un pequeño armario su trajecito de aviadora con el que había venido y salió al corredor para vestirse y marchar en seguida de aquella casa donde se la tenía a la fuerza.

* * *

La noche era tempestuosa, caía un fuerte chaparrón. Soplaba además un fuerte viento que parecía hinchar los grandes nubarrones. Noche mala para todo vuelo, en que alzarse al aire era hacer un guiño a la muerte.

Loop estaba preocupado. Quería salvar de las garras de los Smythe, de aquella gente odiosa llena de egoísmo, a la bonita Shirley que merecía un destino mejor. ¡Ah! ¿Por qué no podía él adoptar a la pequeña? ¿Quién mayores títulos que él para tal misión? ¡Ah, la justicia! Y aquel raro tío Ned le desafiaba con los mejores abogados para quitarle a la pequeña. El viejo era rico, podría gastar una fortuna en su defensa... y él, en cambio... Hasta la justicia necesita, para defenderse, el apoyo de una buena situación económica.

Uno de sus amigos le observó preocupado contra su natural temperamento reidor.

—¿Qué tienes, Loop? — le preguntó.

—Necesito dinero para acudir a unos abogados... y defender lo que me quieren quitar.

—¡Dinero has dicho!... La luna, ¿no? Los aviadores nunca tenemos dinero.

—Es verdad. ¡Oficio más mal pagado!

El viento azotaba los cristales del pabellón.

—¡Qué noche!

—¡Terrible! ¡No saldrá ningún aeroplano!

Entreabrióse la puerta y apare-

ció una figurita suave, chorreante, graciosa.

—¡Hola!

Loop corrió hacia ella, la sorpresa pintada en el semblante.

—¡Shirley!

—¡Loop!

Y al besarle cubrió de agua su rostro.

—¡Válgame Dios... cómo vas! Es preciso que te quites en seguida esa ropa mojada. ¿No ves que puedes pillar un resfriado?

—Soy muy fuerte, Loop.

Mientras se despojaba de la ropa y se vestía otro trajecito, ayudada por Loop, éste le preguntaba con interés:

—Pero, ¿me quieres decir qué ha pasado? Venir sola... y a estas horas? ¿Me quieres decir?

Sin darle importancia, como la cosa más natural, respondió:

—Nada, Loop, que quiero estar contigo.

—Shirley... yo quiero que estés siempre conmigo... siempre, ¿sabes?... pero has hecho muy mal en marcharte sin mi autorización.

—¿Estás enfadado, Loop?

—Sí, hija mía, sí... sumamente enfadado. Es preciso que vayas a descansar. Mañana hablaremos de todo.

—Pues buenas noches, Loop.

Shirley estaba fatigada y no tardó en dormirse... Pero Loop apenas pudo conciliar el sueño, pensando en que si no encontraba un buen abogado que defendiera su causa, iban a quitarle sin remedio a Shirley... a Shirley que, voluntariamente, volvía a él... como una necesidad de hogar y cariño.

Pasó la noche pensando en la pequeñita... y también en Adela... A veces le atraía aquella sonrisa de Adela, aquella adoración, aquellas palabras que habían tenido olor a miel... a veces el recuerdo de la ligereza del pasado surgía como columna de hielo que le hiciera volver atrás.

* * *

Una claridad lechosa, cenicienta, anunció el nuevo día. Lluvia y viento proseguían azotándolo todo... y por ninguna parte asomaba un resquicio que pudiera significar una esperanza de calma y de azul.

Con un amigo aviador comentaba Loop el mal tiempo junto a la radio, que esparcía noticias de la tempestad.

Dos aviones correo perdidos en la tormenta. El tráfico aéreo suspendido hasta que pase el temporal.

—Nadie va a poder salir hoy. ¡Con este tiempo!

Shirley salió de su cuarto para tomar el desayuno en compañía de Loop. Tenía una sonrisa feliz de que carecía en días anteriores. Volvía a hallarse con los suyos, en su elemento.

—Ahora nos marcharemos a casita, Shirley...

—¡No, Loop! ¡Déjame quedar aquí!—suplicó.

—Todavía no. Has de estar unos días más con los Smythe.

Protestó enérgicamente.

—¡No quiero!

—¿No quieres que te eduquen y refinen?

—No. Quiero ser como tú.

Se echó a reír y concedió:

—Bien... ya hablaremos de eso. ahora desayunemos.

Entretanto, allá en casa de los Smythe, tío Ned, contra su costumbre, había bajado al comedor para el desayuno, de un bonísimo humor, como si la vida más bella le sonriera. Sus sobrinos le contemplaban extrañados, temerosos de que alguna sorpresa encerrara aquel repentino cambio de carácter. Sorpresa... y formidable, que no tardaron en experimentar.

Como la cosa más natural del mundo, tío Ned anunció:

—Voy a cambiar mi testamento. Le dejo mi dinero a Shirley.

—¡Tío Ned!

—No os preocupéis. También a vosotros os dejo algo... Pero las so-

bras y lo principal para mí "Rayito de Sol".

—¡Tío!

Joy entró con muestras de gran agitación.

—¡Mamá, papá, tío Ned!... ¡Shirley ha desaparecido!

—¡Eh!, ¿qué dices? ¿Cómo es eso? ¡Eh!

Estaban aterrados, sin acertar a responder. La doncella confirmó lo dicho por Joy. En ninguna parte se encontraba a Shirley...

El matrimonio no podía reprimir un gesto de satisfacción mientras, por el contrario, tío Ned levantaba al cielo sus brazos en un arranque furioso.

—Vosotros sois los culpables de esto. Os desheredaré a todos, os desheredaré... Debe haberse marchado con ese aviador. Hay que buscarla y pronto.

—Sí, tío, sí... no te enfades... que encontraremos a la niña.

Adela guardaba un doloroso silencio, convencida de que la niña habría vuelto con Loop. ¿Qué le habría dicho de ella? ¿Creería Loop que también ella la trataba mal? Esto la disgustaba, haciéndole temer que perdiese terreno en su propósito de reconquista.

* * *

El jefe del aeródromo, hombre extricto en el cumplimiento del deber, que cuando se proponía algo no miraba las consecuencias que pudiera reportarle, se dirigió a uno de sus aviadores y le propuso:

—Hay que volar, amigo.

—Hoy no— respondió fríamente—. Los pájaros no vuelan cuando hay tormenta. Y los hombres comienzan a aprender de los pájaros.

—Pues tengo que entregar unos documentos sin falta en Nueva York.

—Lo siento, pero yo no los llevo.

—¿Cómo?

—El tiempo está malísimo, ¿no lo ve usted?

—Sí, pero es preciso entregarlos.

—Yo, no — replicó el aviador, que era un hombre joven de unos treinta años—. Tengo que pensar en mi familia y no exponer la vida con el convencimiento de perderla.

El jefe le miró con rudeza.

—¿De módo que te niegas a ir?

—En absoluto.

—Entonces, estás despedido.

—Bien.

Al jefe le convenía el envío a la ciudad neoyorquina de aquella documentación y cambió de táctica sustituyendo la amenaza con la generosidad.

—Te doy mil dólares si llevas mi encargo.

—Hoy no.

—Está bien. Quedas despedido, te repito. Buscaré otro más arrojado que tú.

—No lo encontrará.

—No tardarás en verlo.

Repasó el número de sus aviadores y recordó que Loop era, al par que el más sereno, de los más audaces, y decidido se dirigió a verle.

Se hallaba el joven meditabundo bajo el peso del problema que constituía su obsesión. No muy lejos Shirley se entretenía jugando con "Trapillos".

—¡Hola, Loop! ¿Quiere usted volar hacia Nueva York?

Seriamente, consciente de su responsabilidad, repuso:

—Hoy no.

—¿Tiene usted miedo?

—El volar hoy es suicidarse.

—Le daré mil dólares.

Alzó los ojos.

—¿Me dará mil dólares?

—Se lo prometo.

¡Oh, los que él necesitaba para emprender la defensa del asunto de Shirley!... Venían a sus manos, ríos de oro que iban hacia él... y no se dió ya cuenta del peligro...

No vaciló más... La Providencia que le brindaba aquella cantidad no le abandonaría en el momento decisivo.

—Acepto... porque necesito dinero... Deje usted el cheque en la oficina.

—Muy bien, Loop. Le felicito.

Salió para extender el talón. Otro aviador, el que acababa de ser despedido, fué a visitarle e intentó disuadirle de su temerario propósito.

—Te vas a matar, Loop.

—No lo creas. Necesito ese dinero.

—¿Pero te das cuenta de cómo está el tiempo?

—Yo vuelo mejor en días así.

Cogió a Shirley en brazos y salió al campo, hacia los hangares, dando orden de que preparasen el potente avión que debía conducirle a Nueva York.

La chiquilla le miraba asustada, como si comprendiera el riesgo que iba a correr su amigo.

—Lleva a Shirley a casa—le dijo Loop a su compañero.

—No quiero, Loop — indicó la niña—, déjame esperarte aquí.

—No. Tienes que irte a casa.

—Yo no quiero volver más allá.

—Sólo hasta que vuelva... Después te recogeré... y ya nunca más te separarás de mí. ¿Obedecerás, Shirley?

La llenó de besos.

—Está bien, Loop, pero vuelve pronto.

El avión estaba ya listo... El compañero de Loop insistía ante los peligros de aquel viaje.

—Vale más que no lo intentes, Loop.

—No quieras disuadirme, porque ya no es posible.

En aquel momento le avisaron de que le llamaban por teléfono.

Era un detective particular que tío Ned había avisado para que se pusiera sobre la pista de Shirley.

—¿Es usted el aviador Loop?

—El mismo.

—Pues le advierto que si tiene usted en su poder a Shirley, puede ocurrirle algún contratiempo serio.

—No quiero discutir con usted. Shirley estará en su casa dentro de unos momentos.

Dejó bruscamente el teléfono y después de besar a Shirley y recomendar a su compañero que no tardara en llevarla a casa, se dirigió al avión, al que estaban repasando los mecánicos.

Mientras acababa de examinar los motores no se dió cuenta de que por la puerta contraria, Shirley, en un afán de no separarse de su amigo y protector, entraba en el aeroplano y se ocultaba en un rincón, en el departamento de equipajes, en espera del momento en que, ya en los aires, pudiera sorprender a Loop.

El aire bramaba como fiera en celo. Caía también la lluvia, imposibilitando casi el ver.

* * *

Tío Ned y los suyos aguardaban con extraordinaria impaciencia la llegada de Shirley. El detective estaba con ellos. Pero Shirley no venía y tío Ned se agitaba presintiendo graves consecuencias.

—Ese aviador se la ha llevado. Estoy seguro. Vamos a perderla para siempre. Hay que avisar a la policía oficial.

—Voy a hacerlo inmediatamente—dijo el detective—. Se procederá a la detención de ese Loop por secuestrador.

—Al momento... al momento. A toda costa hay que encontrar a mi pequeña. Gastaré cuanto sea necesario para recuperarla.

Los Smythe le contemplaban recelosos, deseando a pesar de todo que se encontrara a la pequeña, pues sospechaban que de no hallar a la niña, iban a perder irremisiblemente lo poco que les podría reservar de al fortuna. Y se agarraban a esa esperanza como una última y solitaria tabla de salvación.

Y a poco la radio trasmitía por el espacio la noticia de que se estaba buscando al piloto del avión número 13843, acusado de secuestrar a la niña Shirley Blake...

Vibraban las ondas, pero nadie daba razón, con aquel tiempo infernal, del fugitivo... Y tío Ned, pendiente de noticias, sentía desbordársele el corazón.

Quien de veras sufría en aquella casa era Adela Martin. Estaba convencida de que Loop había raptado a la niña ante el temor de que nadie la quisiera allí, nadie, ella tampoco, ella que, porque Shirley era algo tan amado por Loop, la quería también y se había desvelado, dentro de sus posibilidades, para atenderla.

¿La odiaría aún? ¿Se habría ce-

rrado otra vez aquella semiluz de esperanza y de amor que había vuelto a los ojos de él y a su alma? ¿Estarían condenados a ser dos viajeros distintos, sin encontrarse nunca en el camino?

Y ella le amaba... Le amaba con toda el alma... con un cariño avasallador, de torrente. ¿Conseguiría volver en realidad aquel ensueño? ¿No habría acaso Loop con la niña abandonado para siempre la patria, lejos de los que le habían hecho sufrir? Esto la amargaba profundamente. Pero, como en todo amor, nacía en ella la dulce rosa de la esperanza...

Mientras tanto, el avión de Loop volaba a gran altura, entre enormes nubarrones negros, procurando sortear de la mejor manera posible la violenta e interminable tempestad. Sin desviarse de la ruta que debía conducirle a Nueva York, sorteaba las terribles depresiones atmosféricas y los embates del viento, pero sin lograr la estabilidad necesaria...

Shirley salió, cuando llevaban ya bastante tiempo volando, de su escondite y permaneció silenciosa, conteniendo la respiración, detrás de Loop, que grave y preocupado, se daba cuenta de la seriedad de su situación y estaba atento a los partes atmosféricos que habían de facilitar su marcha.

"Burnack, California, anuncia que hay mucha niebla."

¡Niebla, viento, lluvia! Y así habría de recorrer centenares y centenares de kilómetros... en una empresa loca y arriesgada. ¿Llegaría al fin con vida? ¡Ah, la ambición del dinero!... Pero no era dinero para él, no era dinero para su simple negocio, sino para conseguir recobrar a Shirley y librarla de aquella gente rica que gracias a su fortuna pretendía retenerla.

De pronto oyó una voz suave, dulce, que pronunciaba su nombre y se volvió con la emoción de lo inesperado. Las manos que sostenían el volante temblaron, imprimiendo un rápido movimiento al aeroplano al impulso de la sorpresa.

—¡Shirley! ¿De dónde has salido?

Sonriente, la niña, como la cosa más natural, avanzó a empellones hacia él y después de besarle, le dijo cariñosamente:

—Del departamento de equipajes, Loop.

Loop estaba furioso. Rápidamen-

te se hizo cargo de la responsabilidad que encerraba aquella compañía.

La radio que tenía junto a él le dió cuenta entonces de una noticia que acabó de sobrecogerle.

"Se está indagando el paradero del avión 13843, tripulado por el piloto Loop, al que se acusa de haber secuestrado a la niña Shirley Blake."

¡Qué situación! Miró tan severamente a la pequeña, causante de todo aquel conflicto, que ella, con ternura, le dijo:

—No te enfades, Loop.

—No hay para menos. Quisiera darte un par de azotes para que aprendieses a obedecer.

Siempre sonriente, arma eficaz y fina para vencer le señaló la sortija que llevaba en uno de sus dedos.

—Te necesitaba, Loop... Yo no quiero ir con aquella gente... Y como dijiste que si te necesitaba, ¿te acuerdas?, te mandase la sortija mágica... como no me la podía quitar... te la traigo yo misma.

—¡Valiente ocasión escogiste! ¿Y qué quieres? ¿Por qué has venido?

—Para estar contigo, Loop.

—¡Ay, Shirley traviesa!

La radio anunció de nuevo la busca y captura del aviador y Loop captó varias estaciones en las que se comunicaba que si aterrizaba el avión 13843 procederían a la detención del piloto.

Pareció la nena comprender. Pero se sentía feliz junto a Loop... y lo demás no le importaba.

—Estamos en un grave aprieto, Shirley, muy grave...

El viento parecía vibrar con cólera... El avión no era más que un juguete entre sus zarpas... Todo alrededor del avión era negro, con una negrura de cosa sobrenatural y dantesca.

Nervioso, Loop manejaba el avión, pero seguro de la gravedad del momento, su rostro expresaba una profunda melancolía, mientras Shirley junto a él sonreía, con la sonrisa graciosa de los niños que al depositar su fe en un persona no tienen miedo a peligro alguno, convencidos de su infalibilidad.

—¿Estás muy enfadado conmigo, Loop?

—Sí, muy enfadado.

—Pero no por mucho tiempo, ¿verdad?

—Por mucho tiempo.

Mas le desarmó el beso de ella,

el brazo de la niña rodeando su cuello con amor filial...

En aquel instante el aeroplano pareció tomar una posición casi vertical empujado por una racha de aire, cortante como el acero.

La niña dejó de sonreir, y seriecita, exclamó:

—¿Es siempre así, Loop?

—Esto no es nada. Espera a que toques el techo con la cabeza.

Seguía desplomándose la fuerza del viento y del agua sobre ellos. A intervalos los rayos parecían encender las nubes como fantástico castillo de fuegos... Estaban a más de mil metros de altura y la tierra parecía abrirse en conmoción.

La pequeñita, sin temor, se abrazaba a Loop, quien palidecía más que nada por la suerte que pudiera caberle a la pequeña... Morir él no le importaba... pero morir aquella niña... le estremecía... Y su alma se remontaba hacia Dios pidiendo que El que aplacó un día las aguas del mar acallara ahora la voz de los vientos.

—Shirley... — le dijo de pronto con una extraña necesidad de distracción—. ¿Quieres cantarme esa canción que tú sabes?

—Te la cantaré ahora mismo, Loop...

En voz muy bajita comenzó la tonada y aquella voz daba fuerzas a Loop y le imprimía un mayor optimismo. Pero fué obra de un instante. En una de las trágicas embestidas del viento rompióse el depósito de la gasolina... y el avión no pudo mantenerse ya más que pocos momentos en el aire... Iría a estrellarse poco después sobre la tierra o el mar.

Loop no perdió la serenidad. Espíritu de temple recio, en aquel momento iba a demostrar de lo que era capaz su alma... Había que salvar a Shirley... y había que salvarse él... para defenderla...

Ya en previsión, Loop llevaba sujeto a la espalda el paracaídas a modo de mochila... Ahora era preciso lanzarse al espacio, sin miedo, entre las sombras...

—¿Me quieres? — preguntó a Shirley.

—Sí.

—¿Cuánto?

Se apretó mucho contra él, abrazándole fuertemente y llenándole de besos.

Mirándola con ternura, dijo:

—Sujétate más... Vamos a lanzarnos.

—¿Al aire?

—¿Tienes miedo?

—Contigo no.

—No me dejes. ¡Cógete bien!

Abrió la portezuela. Todo fué instantáneo. El viento les arrojó a los dos al espacio... pero ya él había tirado de la anilla, mientras con el otro brazo sujetaba fuertemente a Shirley...

Bajaron, bajaron rápidamente, en línea recta, empujados más tarde por el viento, fiera que rugía al ver escapársele su presa.

Unos minutos de descenso y al fin la caída, un poco brusca sobre un terreno labrado y todavía el paracaídas que tendido fuertemente les arrastró unos metros sobre el cultivo.

Rendido, Loop besó a la niñita adorada.

—¿Te has asustado, Shirley?

La vocecita cantó. Era un canto su voz de alegría.

—No... Hagámoslo si quieres otra vez.

—¡Shirley!... ¡Shirley valiente!

Y ahora enmudecieron para dar gracias a Dios...

* * *

El furor de tío Ned se acrecentaba al ver que pasaban las horas y no daban razón del aviador ni de la niña.

Descargaba su pésimo humor sobre sus sobrinos, anonadados ante lo ocurrido.

Adela guardaba silencio, rezando mentalmente para que no les hubiese sucedido ningún mal.

—Si les pasa algo hemos terminado—rugía tío Ned—. Vosotros sois los culpables... vosotros...

Horas... largas, interminables,

monótonas. ¿Qué marcaría dentro de poco el reloj? ¿Seguiría la absoluta carencia de noticias o se conocería al fin el paradero de Shirley?

Por la tarde conocieron la verdad. Shirley y el aviador Loop habían sido recogidos en pleno campo, después de su habilísima caída. Estaban ilesos.

Tío Ned suspiró ampliamente, sintiendo que se regularizaba de nuevo el ritmo de su vida...

Shirley volvería a casa. El la necesitaba, no podía vivir sin su apoyo, sin su sonrisa, que le daba la ilusión de una paternidad surgida milagrosamente. Odiaba a cuantos le rodeaban, haciéndoles culpables de la marcha de la niña. Sentía también profunda aversión contra aquel atrevido Loop, empeñado en mantener unos derechos que él no le reconocía. Que se fuera con cuidado, pues iba a saber con quién trataba. Aunque estaba seguro de que no se atrevería a sostener más sus fueros. ¿Pues qué? ¿Cómo iba a luchar con la potencialidad y la riqueza de Ned?

Adela se alegró vivamente de saber el paradero de Loop y de la niña. Había tenido miedo de que Loop no volviera más, y la idea de encontrarlo de nuevo daba ánimos a su vida, convencida de que iba a reconquistarlo definitivamente.

Los únicos que tuvieron que disimular su indignación fueron los Smythe. Shirley significaba siempre un eterno peligro. Era capaz de dárselo todo tío Ned a ella. ¡Ah, la malhadada hora en que la conocieron!

Tío Ned no perdió el tiempo. Desde aquel mismo instante movilizó sus abogados para conseguir que Shirley viviera con él... Pero Loop, reintegrado a su aeródromo y a su vida, se negó de una manera rotunda a ello y mantuvo junto a sí a Shirley hasta que el juez dispusiera lo que se tenía que hacer.

Iría a la vista sin abogado. No tenía los mil dólares por no haber llegado a Nueva York, pero no importaba; la defendería con la fe y la sinceridad de la justicia.

Y pocos días después se celebraba ante el juez la vista para conocer quién debía quedarse definitivamente con la niña, que no se movía ahora del lado de Loop, dulce y cariñosa.

El caso, divulgado por los periódicos, había atraído la curiosi-

dad de las gentes y la sala estaba llena.

Allá en las primeras filas se hallaban los directamente interesados. Tío Ned acompañado de un prestigioso abogado, sus sobrinos los Smythe y Adela y la pequeña Joy.

Adela sonrió varias veces a Loop como indicándole que estaba con él: pero el aviador se limitó a saludar con ,cierta frialdad, receloso ya contra todos y atento a su protegida.

El abogado de Ned hizo la petición de adoptar en nombre de su representado a la pequeña. Pero Loop se opuso con la vehemencia del cariño.

—¿Qué puede usted ofrecer a Shirley?—le preguntó el juez.

—Haría cualquier cosa por ella. La quiero como a mi propia hija.

—¡No tanto como la quiero yo! —protestó con egoísmo tío Ned.

El juez estaba perplejo y dió orden de que compareciese la niñita. Y esta entró, suavemente, graciosa, con un aire de captación y de simpatía que eran su encanto mayor.

El matrimonio Smythe y su hija Joy no pudieron evitar un gesto de antipatía, contrastado por la sonrisa de los demás hacia aquella linda y espiritual criatura.

—Ven aquí, Shirley—le dijo el juez sentándola sobre sí—.Quizá tú tengas algo que decirme acerca de esto. ¿A quién prefieres, niña? ¿Con quién quieres vivir tú?

La inteligencia refinada, casi superior de aquella niña, comprendió. Miró a Loop y le señaló con una alegre sonrisa.

—Quisiera vivir con él.

La mirada de Loop se cruzó orgullosa con la de Ned, anonadada, pero Shirley no había terminado aún. Miró a tío Ned, el viejo que también la había querido, y agregó:

—Y con él también.

Y ante el estupor de todos, señaló todavía a Adela.

—Y con ella.

Aquella criatura admirable, acababa de unir en su deseo a las personas que la querían. Hubiera deseado vivir con todas ellas, porque todas ellas la querían, aunque Loop era siempre el primero... Pero Adela le había tratado siempre con tanta generosidad... y tío Ned era también muy bueno.

El juicio tenía un verdadero interés. Adela era feliz escuchando a Shirley; pero Loop y tío Ned se

asaetaban todavía con una fiereza de rivales.

El señor juez se levantó y sin solemnidad, como requería aquel caso en que se debatía una cuestión de sentimientos, indicó:

—Para este asunto no hay necesidad de abogados... tengan la bondad de retirarse.

El público, desencantado, comenzó a desfilar, mientras el juez, llevando de la mano a la niña, decía:

—Vamos a mis habitaciones.

Los directamente interesados en el conflicto quisieron seguirle, pero les atajó con un gesto.

—El señor Loop, no... y tampoco los Smythe... únicamente el señor Ned y la joven.

Tío Ned, arrastrando su cochecito y creyéndose ya presunto vencedor, entró en las habitaciones privadas del juez con Adela, desorientada y sonriente.

Los Smythe estaban inquietos y Loop se paseaba nerviosamente temiendo le quitasen lo que amaba más.

A los pocos momentos salió de nuevo el juez.

—¿Tiene la bondad de pasar, señor Loop?

Entraron en una salita cercana. Marchó el juez. Adela, deliciosa, avanzó hacia él.

Loop experimentó una gran turbación. Amaba a Adela a pesar de todo lo sucedido, pero quería mantener su papel de hombre ofendido.

Ella le enseñó aquella sortija que Loop había entregado un día a Shirley.

—He aquí la sortija mágica de Shirley... Yo estoy en un gran apuro.

Loop quedó desconcertado.

—No comprendo.

—Dime—y los ojos tenían un brillo elocuente—,dime, ¿no podemos los dos tener a Shirley?

—¿Los dos? ¿Cómo? No sé de qué manera...

¡Ah, ella ya no podía más!... Estaba segura de que Loop la amaba, aunque su orgullo y aquel amor propio herido, difícil de cicatrizar, le impedían el rectificar su conducta. Pero Adela quería de una vez solucionar aquel dulce problema de su vida.

—Oye, Loop, ¿tendré que declararme yo?

Loop se sintió orgulloso. Aquella súplica, aquellas frases, eran su vic-

toría mayor. Pero aún quiso apurar un poco su desquite.

—Acuérdate que la última vez me tocó a mí.

—Sí... pero si ahora quieres... será para siempre...

Se estremeció Loop. Sintió de pronto que su alma parecía abrirse con anhelo de libertad. La cárcel de los rencores se había roto para dejar paso a la verdadera fuente de la vida: el amor. Y esta vez ya no tuvo reservas... Sí... quería a aquella mujer... y bastante la había humillado ya. Y feliz, jovial, alegre como nunca, apretó contra su corazón a la amada y bordó un beso entre sus labios.

Después, del brazo, radiantes, brincando de júbilo el corazón, fueron hacia el juez para determinar sobre la niña...

* * *

Los Smythe esperaban con impaciencia. Joyce protestaba con un deseo de romper los muebles del Tribunal.

Por fin abrióse la puerta lateral y apareció el juez en compañía de los protagonistas del lance.

Iba Shirley de la mano de Adela y de Loop y detrás marchaba, ufano y satisfecho, tío Ned.

—¿Quién se queda con Shirley? —preguntó la señora Smythe.

Los tres contestaron, sonrientes:

—¡Nosotros!

Porque tío Ned acababa de aprobar la boda, que iba a celebrarse pronto, de los dos jóvenes y había aceptado la invitación de vivir con ellos y con Shirley... Todos juntos unidos por el afecto más leal y sagrado.

Estaban los Smythe anonadados, comprendiendo que su fortuna, o la mayor parte de ella, se esfumaba para siempre.

Tío Ned les miró con sangrienta ironía.

—Me voy a vivir con ellos que se casan dentro de muy poco, ¿sabéis? Y vosotros podéis venirme a ver de vez en cuando, si os place.

Joy interrumpió con voz chillona:

—¿Pero no vivirá con nosotros, tío Ned?

—No...

—Magnífico—agregó con desfatachez—. ¡Estamos tan bien sin su mal genio!

Tío Ned la amenazó con el puño mientras los Shirley se llevaban de allí a Joy que acabaría de arrancarles las escasísimas simpatías que pudiera profesarles su tío.

Y más tarde salieron los que iban a vivir en familia bajo la dulzura de los ojos cariñosos de la niña buena, Shirley, ojos que habían hecho un milagro de amor...

FIN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCION PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre.
El gran desfile.
Miguel Strogoff, o el Correo del Zar.
La princesa que supo amar.
El noche número 13.
Mis familia.
Mare Nostrum.
Nanda, el hombre que se vendió.
Cobra.
El 50 de Monparnasio.
Vida bohemia.
Zaza.
¡Adiós, juventud!
El judío errante.
La mujer desnuda.
La tía Ramona.
Casanova.
Hotel Impuesta.
Don Juan, el burlador de Sevilla.
Noche nupcial.
El séptimo cielo.
Beau Geste.
Los vencedores del fuego.
La mariposa de oro.
Ben-Hur.
El demonio y la carne.
La castellana del Líbano.
La tierra de todos.
Tripolis.
El rey de reyes.
Sangre y arena.
La ciudad castigada.
Aguilas triunfantes.
El sargento Malacara.
El capitán Sorrell.
El jardín del edén.
La princesa mártir.
Ramona.
Dos amantes.
El príncipe estudiante.
Ana Karenina.
El demonio de la carne.
La mujer divina.
Alas.
Cuatro hijos.
El carnaval de Venecia.
El ángel de la calle.
La última cita.
El enemigo.
Amantes.
La hallarina de la Opera.
Moulin Rouge.
Pen Ali.
Los cuatro diablos.
¡Fie, payaso, ríe!
Volga, Volga.
La sinfonía patética.
Un cierto muchacho.
¡Nostalgia!
La ruta de Bagdapura.
La estrella.
Mister Wu.
Kenaver.
El despertar.
La melodía del amor.
Las tres pasiones.
Cristina, la Holandesita.
¡Viva Madrid, que es mi pueblo.
Sombras blancas.
La copla andaluza.
Los cosacos.
Isaora.
El conde de Montecristo.
La mujer ligera.
Vírgenes modernas.
El pagano de Tahiti.
Estrellas dichosas.
La senda del 98.
Esto es el cielo.
Espejismos.
Evangelina.
Orquídeas salvajes.
El caballero.
Espíritus.
La máscara del diablo.
El que muere de noche.
Vieja hidalga.
Posesión.
Tentación.
La pecadora.
El beso.
Ella se va a la guerra.
Los hijos de nadie.
El pescador de perlas.
Santa Isabel de Cerra.
Las dos huérfanas.
La canción de la estepa.
El precio de un beso.
La rapsodia del recuerdo.
Delikajesem.
Del mismo barro.
Estrellados.
Cuatro de Infantería.
Olimpia.
Monsieur Sans-Gené.
Sombras de gloria.
Mamba.
Molly (la gran parada).
El valiente.
De frente... marchen!
Prim.
El presidio.
Romance.
El gran obstáculo.
Tempestad.
El dios del mar.
Anne Christie.
Sevilla de mis amores.
Horizontes nuevos.
Ben-Hur (edición popular).
La incorregible.
El malo.
El pavo real.
Bajo el cielo de París.
Wu-li-chang.
Montecarlo.
Camino del infierno.
Mis señas!
Aleluya!
La mujer que amamos.
Al compás de 3-4.
La princesa enamorada.
Maneras de amar.
El gran desfile (edición popular).
Du Barry, mujer de pasión.
La viuda alegre (edición popular).
Angeles del infierno.
Cuerpo y alma.
El impostor.
Escenas de la moda.
Petit Café.
Hay que casar al príncipe.
Inspiración.
El proceso de Mary Dugan.
Marineros.
En cada puerta un amor.
Conoces a tu mujer?
El millón.
La mujer X.
Demos alegría.
Mar de fondo.
La llama sagrada.
La ley del hacha.
La fruta amarga.
Vidas truncadas.
La hora del mar.
Tubú.
El pasado arde.
Jugá tiernos largos.
Trader Horn.
Un pañuelo en la corte del rey Arturo.
El código penal.
La pura verdad.
Maternidad, o el derecho a la vida (fuera de serie).
Carbón (La tragedia de la mina).
Estudiantina.
Las peripecias de Skippy.
¡Qué viudita!
El camino de la vida.
Noches de Viena.
Mamá.
Eran tres.
Chéri-Bibi.
Bésame otra vez.
Camarotes de lujo.
Las hijas de la calle.
La divorciada.
Madame Satán.
¿Cuándo te suicidas?
Marianela.
El carnet amarillo.
Honrarás a tu madre.
Su última noche.
Las alegres chicas de Viena.
Viva la libertad!
Salvada.
El tormento del amor.
Delicias.
Cielo rojado.
Amargo idilio.
Honor entre amantes.
Para alcanzar la luna.
El hombre que asesinó.
Rinnase!
La calle.
El prólogo.
Milicia de paz.
Amores de medianoche.
Miguel Strogoff o el Correo del Zar (edición popular).
La hermana San Sulpicio.
El demonio y la carne (edición popular).
La dama misteriosa.
Los clavales de la Virgen.
Pareja de hecho.
Al Capone (Gánster de Chicago).
Mi último amor.
Muchachas de uniforme.
Marido y mujer.
Mata-Hari.
Congorita (fuera de serie).
Carcelera.
Erase una vez un vals.
Hombres en mi vida.
Nitnia.
Nehera.
Indesechable.
Tarado de los monos.
El terror del hampa.
La vuelta al mundo por Douglas Fairbanks.
Chica bien.
Razón robada.
Chanto (El campeón).
La garra del jaguar.
Los amores de José Mejía (fuera de serie).
El caballero de la noche.
Arsène Lupin.
La dama del 13.
Amor en venta.
El pecado de Madelón.
Claudet.
La casa de los muertos.
Titanes del cielo.
El proceso Dreyfus.
La vida de un gran artista.
El último verdín sobre la Tierra.
Fantomas.
Violetas imperiales.
Soy un fugitivo.
Tarzán.
La película de las estrellas. Grand Hotel (fuera de serie).
Hollywood al desnudo.
Sangre roja.
El doctor X.
Ramona.
Primavera en otoño.
El hijo del destino.
Ella o ninguna.
El cómplice de la sangre.
El azul del cielo.
El monstruo de la ciudad.
El hombre que se rió del amor.
Juan Lanza.
Mercado de mujeres.
Manos culpables.
La princesa es divierte.
La mano asesina.
El rey de los gitanos.
El sargento X.
Los seis misterios.
Esta edad moderna.
La novia de Escocia.
Jesús al paso.
El mayor amor.
El expreso fantasma.
Al despertar.
El robo de la Monna Lisa (La Gioconda).
La edad de amar.
Salvada.
Divorcio por amor.

Corazones sin nombre.
Corazones valientes.
Trusta-Fugazot-Demare (Suerte de suerte).
Los tres mosqueteros (Los Herretes de la reina).
Milady (Segunda parte de Los tres mosqueteros).
Esclavitud.
La calle 42.
Las dos Huérfanitas.
Cabalgata.
Secretos.
La feria de la vida.
Una morena y una rubia.
Como tú me deseas.
El relicario.
El amor y la muerte.
Una vida romántica.
Napoleón y la Zarina.
Susana tiene un secreto.
25.000 años en Blog Blog.
Huérfanos en Budapest.
¿Milagro?
Vivamos hoy.
Odio.
Los crímenes del monte.
El secreto del mar.
Mis labios engañan.
No dejes la puerta abierta.
Dos noches.
La maldita sonrisita.
El primer derecho de un hijo.
Canción de Oriente.
La amargura del amor.
Vos.
Bolicha.
La vida privada de Enrique VIII.
El padrino ideal.
El joven errante.
El hijo de la parroquia.
Jacob Lyotou.
Barrio Chino.
Yo, tú y ella.
Un ladrón en la alcoba.
El cantar de los cantares.
La llama eterna.
Un hombre de corazón.
Lucia de Kunda.
El rey de los fósforos.
La Cruz y la Espada.
El causa del ruiseñor.
Adiós a las armas.
La mundana.
Tú eres mía!
Estatua de Rosa.
Tormenta al amanecer.
Santa.
Belleza a la venta.
Alaká.
La hermana blanca.
La Reina Cristina de Suecia.
Por un solo desliz.
Se ha hundido un amor.
El amor de los nadies.
La ciudad de carión.
Honduras de Solorzano.
Doña Francisquita.
El café de la marina.
El agua en el suelo.
El tenedor y la dama.
Esclavos de la tierra.
Moreno y el Don Juan.
Alma de bailarina.
Yo he sido esposa.
No seas celosa.
Destila de candilejas.
Aves sin rumbo.
Simona es así.
Pescado en la calle.
Una noche en El Cairo.
Rosa de medianoche.
El rey de la pista.
Sobre el cieno.
Las corporales del noche santa.
Soi en la nieve.
Madrid de bastidores.
La portera de la fábrica.
Granaderos del amor.
Fatay.
Siempre en mi corazón.
Tarzán y su compañera.
El gato y el violín.
Bor Angélica.
Jadez.
Cassanova.
El primer amor.
Rokine.
Un capitán de corazón.
El altar de la moda.
La virgen de la roca.
La barranca.
Madame De Barry.
Sucedió una noche.
Hombres en blanco.
Putron humano.
¡Viva la vida!
El negro que tenía el alma blanca.
Carolina.
Cuesta abajo.
Sola con su amor.
El mundo cambia.
Canción de cuna.
Paz en la tierra.
La dama del boulevard.
La hermana San Sulpicio.
El signo de la muerte.
Los dolores.
Las fronteras del amor.
Wonder Bar.
La dama de las camelias.
La doncella de pastia.
Caravana.
Hombres del mañana.
Así ama la mujer.
La buenaventura.
Nada más que una mujer.
Dama por un día.
La cuna en el.
Señora casada soltera madrida.
¡Viva Villa!
Busco un millonario.
Sinfonía del corazón.
El novio de mamá.
Mademoiselle Docteur.
Las Vírgenes de Wimpole Street.
Las mil y dos noches.
Al llegar la primavera.
Madrid se divierte.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

PROXIMO NUMERO:

Al compás del amor

Deliciosa novela

Principales intérpretes:

Nils Asther y Pat Paterson

Precio: UNA PESETA

¡EDICIONES BISTAGNE

publica siempre LO MEJOR!

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Ediciones ideales

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché.
Precio: **0'50** cts

El film de hoy

32 páginas de texto - 5 ilustraciones interiores
Postal-regalo
Precio: **0'30** cts.

EL SOBRE MOJICA

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a **0'15** cts.

CANTE FLAMENCO

Librito de canciones consagrados a los más destacados cantaores
Precio: **0'50** cts.
Lujosa presentación

Estrellas y canciones

Libritos de cuplés del repertorio moderno de las más relevantes figuras de «Varietés»
Precio: **0'50** cts. Portada a colores

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas
Cerca de 400 títulos publicados
Precio: **1'—** peseta

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10, bis.-BARCELONA

E: Garret Blow
3/11
8,65 €

E. B.

Precio: Una peseta